

MAGIA BLANCA MODERNA

MAGNETISMO HIPNOTISMO

SUGESTIÓN Y

ESPIRITISMO





MAGIA BLANCA MODERNA

Ó. SPAK

Magnetismo, Hipnotismo, Sugestión y Espiritismo



JULIO

1899

Magia Blanca Moderna

Ó SEA

MAGNETISMO, HIPNOTISMO, SUGESTIÓN Y ESPIRITISMO

~ POR ~

Q. G. POLINNTZIEU

S* I*

*Contiene cuanto se relaciona
con la ciencia moderna psicológica y su trascendental
aplicación á la adivinación, á la medicina
y á las relaciones con lo suprasensible*

Obra adornada con profusión de grabados



BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle del Consejo de Oliento, 296

BUENOS AYRES

MÉXICO

Maucci Hermanos, Cuyo, 1070 || Maucci Herms., 1.^a del Belox, 1

1899

Imprenta de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

INTRODUCCIÓN

Aunque del todo separada de ésta, hemos dado precedentemente á luz otra obrita titulada: *Verdadera y Trascendental Magia Blanca*, que puede muy bien considerarse como preliminar, y si se quiere, como primera parte de la que tenemos el gusto de ofrecer al público.

La *Magia* es muy vasta para que pueda exponerse en un solo tomo, por muy breve y sumariamente que esto quiera hacerse. Además ofrece por sí misma una división natural, que nosotros adjetivamos de *antigua y moderna*, comprendiendo en el primero de los adjetivos todos los conocimientos mágicos de aquellas nefastas épocas en que era un crimen el pensar, y abarcando con el segundo los conocimientos psíquicos de la época presente.

No tenemos por qué detenernos gran cosa, ni hacer la apología de la doctrina que sigue, ni en justificar nuestro intento al darla al público, así, en forma sencilla y al alcance de todas las inteligencias, sin que por ello se

haya mermado en lo más mínimo su carácter científico ni su rigorismo técnico. Estamos en siglo en que el que no anda, retrocede. Son tantos y tan sorprendentes los progresos en todos los ramos del saber, desde la metafísica á la mecánica y desde el cálculo mercantil á la etiología, que, quien no sigue paso á paso sus desenvolvimientos, á poco que se rezague queda por siempre más envuelto en sombras caóticas.

Unamos esto al interés que cada cual debe tener en saber el lugar que ocupa, las fuerzas de que dispone, las asechanzas que por todas partes le rodean y el modo cómo puede prevenirse y librarse de ellas, y sin otra consideración, se convendrá en que aquel que facilite todos estos datos, aquel que sirva de mentor en el inextricable laberinto porque está pasando el corazón y la mente de las masas, presta un señalado servicio que con nada se puede compensar.

Esto es lo que creemos haber hecho en este libro; y cuando el que nos lea haya llegado á la palabra *fin*, juzgará si nos hemos ó no equivocado. Por nuestra parte sólo podemos decirle que quedamos satisfechos.

EL AUTOR.



Magia Blanca Moderna

CAPITULO I

Ciencias físicas y psíquicas

Quien nos haya leído con atención debida, habrá podido notar que toda la Magia antigua, bien que cubierta con el velo del misterio, se fundamentaba en las ciencias físicas y psíquicas, en lo que constituye por sí mismo toda la ciencia. Analícese como compete cualquiera de sus pensados, y resaltará con esplendores inimitables esta verdad.

Cierto que la Magia antigua, como la Magia moderna, no pudo decir con el pretencioso poeta que todo, todo lo sabía; los afanes de sus iniciados fueron siempre encaminados á descubrir el más allá; la piedra filosofal y la panacea universal son dos símbolos que revelan sus ansias, sus angustias indecibles; y el oro espárgirico que pretendían lograr fundiendo los metales en la hornaza del atanor, poco son los que han sabido interpretarlo y menos los que han logrado conseguirlo.

Releguemos por un momento á secundario lugar lo que en sentido nítico referían los magos en sus símbolos sintéticos, y veamos si aún en lo exotérico, en lo externo, estaban ó no acertados.

En el capítulo correspondiente vimos que los magos referían un metal y un color á cada planeta. Al hacerlo no lo hacían sin su cuenta y razón correspondiente. El peso específico del plomo (11) es igual al peso de la superficie de Saturno con solo fraccionarlo (1'1); el calor en fusión del primero, es igual, invirtiendo las cifras y fraccionándolas (5'37), que la masa del segundo (735); y la rotación de este, fraccionándola (10'3) es igual que el equivalente de aquel (103).

El tiempo que invierte Júpiter en su revolución es 11'8 y el peso atómico del estaño 118; la densidad del primero (0'236) y el peso molecular del segundo (236) están representados por las mismas cifras, é igual sucede con la oblicuidad del eje de aquel (1° 18) y con el peso atómico del segundo (118).

El diámetro aparente de Venus es 63'' y 63 el peso atómico del cobre; el diámetro de aquel planeta comparado con el de la tierra es idéntico al calor específico del metal (0'954) é iguales son el diámetro de uno (3,15) y el equivalente de otro (31'5) con solo variar la división.

La densidad de Mercurio (planeta) y la del metal fluidificado son iguales con solo cambiar la división (1'37 y 13'7 respectivamente), iguales el diámetro de aquel, comparado con la tierra, y el punto de congelación de este (0'38) é iguales, en fin, la masa del primero (0'06966) y el peso del segundo comparado con el aire (6'966).

La masa de Marte y el calor específico del hierro son 0'109, y la distancia del planeta al sol y el peso atómico del metal, está representada por las mismas cifras (55 y 56).

Cosa parecida podríamos señalar de la

composición del aire y de la del agua deduciéndolo de la oblicuidad de la órbita del sol y de la de la eclíptica; pero consideramos muy suficiente lo dicho para que de una vez para siempre quede probado que los magos conocieron más de lo que vulgarmente se cree la composición intrínseca de los cuerpos y las revoluciones, masas y distancias de los astros.

Si de la expresión gráfica pasamos á lo transcendental y ético de la idea, no nos faltarán motivos para asombrarnos del alcance que supieron darle.

Sabido es que los elementos originarios de la creación los fundaban sobre el número 9, cuya raíz es el 3 y cuyo cuadrado el 81, esto es, el 9 por adición teórica. El 9 á su vez está compuesto del 1 del 8, lo que taxativamente revela los componentes del agua (oxígeno, 1; hidrógeno, 8), y el agua fué el *elemento* que primeramente cubrió la tierra y el que antes que ningún otro dió nacimiento á los seres vivos. *La Biblia* expresa este génesis diciendo que el espíritu de Dios, el sople de vida, removía por entre las aguas; y la moderna Geología conviene con ella, no sólo en que los primeros seres orgánicos (líquenes,

musgos, helechos, licopodios, zoófitos, polípe-
ros, crustáceos, etc, etc), aparecieron entre
las aguas en el período de transición, sino en
que los seres más rudimentarios en que la
vida se manifiesta, las móneras, deben bus-
carse siempre en el elemento acuoso. Hay
más todavía: El agua ocupa las tres cuartas
partes de la tierra; sus componentes son tam-
bién los que en mayor proporción se hallan
en toda clase de cuerpos, y por lo que res-
pecta al hombre, se compone de un 90 por 100
de elemento acuoso. Estos mismos caracteres
se revelan en el número 9. Multiplicado por
1, por 2, por 3, etc., da siempre 9 por adición
teorófica, como puede notarse en la siguiente
tabla pitagórica:

9	×	1	=	09	=	9	9	×	6	=	54	=	9
9	×	2	=	18	=	9	9	×	7	=	63	=	9
9	×	3	=	27	=	9	9	×	8	=	72	=	9
9	×	4	=	36	=	9	9	×	9	=	81	=	9
9	×	5	=	45	=	9	9	×	10	=	90	=	9

Otra particularidad digna de notarse: los
múltiplos del 9, 1, 2, 3, 4 y 5, son los mismos,
invirtiendo las cifras, que los 10, 9, 8, 7 y 6;

y si á los productos de la multiplicación del 9 por 2, 3 y 4 les hacemos entrar en conmutación, obtendremos los números cardinales del agua, del aire atmosférico y del aire extraído del agua. Véase:

$$9 \times 2 = 18 \left\{ \begin{array}{l} 18 = 11 = 11\% \text{ hidrógeno} \\ \times \\ 81 = 88 = 88\% \text{ oxígeno} \end{array} \right\} = \text{Agua}$$

$$9 \times 3 = 27 \left\{ \begin{array}{l} 27 = 22 = 22\% \text{ oxígeno} \\ \times \\ 72 = 77 = 77\% \text{ ázoe} \end{array} \right\} = \text{Aire}$$

$$9 \times 4 = 36 \left\{ \begin{array}{l} 36 = 33 = 33\% \text{ oxígeno} \\ \times \\ 63 = 66 = 66\% \text{ ázoe} \end{array} \right\} \begin{array}{l} = \text{Aire} \\ \text{extraído} \\ \text{del agua} \end{array}$$

En todo esto, que no es más que un ligero esbozo, se ve clara la transcendencia de la idea que los cabalistas referían á los números; y en cuanto á su parte ética, ¿quién no ha reparado en lo colosal, en lo inmenso que es el apotegma «colocáos en la luz inmóvil?»

Nuestros hombres de ciencia han tomado á chacota los cuatro elementos, la piedra filo-

sofal y la panacea universal de los antiguos, y han hecho que recayera sobre ellos todo el peso del ridículo.

No llevaremos nuestros entusiasmos hasta el extremo de pretender que prevalezcan en un todo aquellas teorías, pero sí nos permitiremos unas cuantas observaciones.

Hace apenas medio siglo que era aún doctrina corriente entre los físicos la de la multiplicidad de las fuerzas. Habían notado modalidades diferentes entre la luz, el calor, la electricidad y el magnetismo, y atribuyeron á tales modalidades razón *por sé*, no *por accidente*, las consideraron causas en vez de considerarlas efecto. Sin embargo, los físicos que así pensaban tenían á su alcance una multitud de instrumentos de que carecieron los antiguos, y calcaban sus investigaciones sobre suelo ya planeado, sobre conocimientos positivos ya adquiridos. ¿Y nos extrañará que allá en el albor de la ciencia, se hiciera lo mismo que se ha hecho después, á mediados del siglo décimonono?

De otra parte, ¿qué de particular tiene que los iniciados sintetizaran en cuatro elementos todos los fenómenos de la naturaleza? El agua, el aire, la tierra y el fuego era lo que les ro-

deaba, lo que les aprisionaba de cerca; no podían sustraerse á esta impresión de sus sentidos porque ningún hecho se escapaba al conjunto de causas y efectos que á los mismos atribuían, no podían afirmar la existencia de los sesenta y tantos cuerpos simples hoy admitidos en química, porque ningún medio de investigación les había puesto en condiciones de poderlos disgregar. Harto hicieron, y nadie que de imparcial se precie podrá dejar de reconocerlo, con inducir y deducir el *espagirismo*, esto es, la quintiasencia, la pureza de los elementos todos, y con proclamar la unidad substancial, conclusión á la que la ciencia contemporánea se ve abocada, después de mascar el vacío durante muchos años.

No, las ciencias físicas de nuestros antepasados no fueron ni pudieron ser lo que las ciencias físicas de nuestros días; pero fueron todo lo que pudieron ser, todo lo que sabe exigir á una época de verdadera gestación intelectual y moral, á una época de positivo atraso en lo común de las gentes. A nadie maravilla en nuestros días que en las grandes poblaciones haya sustituido el foco eléctrico á la linterna y el teléfono al recadero; pero sí nos maravillaría á todos que entre los esqui-

males estuviera en uso el alumbrado público y el comercio entre rancherías por peajes. Además,—repetámoslo,—la idea reflejada en los números nos revela que no estuvieron tan atrasados como quiere suponerse.

Y aún suponiendo que lo estuvieran en ciencias físicas, ¿lo estaban igualmente en ciencias psíquicas y morales? Mil veces no. Nuestro siglo, que se vanagloria, y con justicia, con el dictado de siglo de las luces, tiene mucho que aprender de los filósofos psiquistas de antaño, y especialmente de los últimos.

Convenimos de buen grado en que al predominio que había conseguido la fe sobre la razón, se imponía de una manera imperiosa una antítesis radical, contundente, sin distinciones de ninguna clase. Esta antítesis llegó y pasó: fué la Reforma, que con sus ventadas de huracán, barrió cuanto se le puso por delante y purificó la atmósfera donde se cierne el pensamiento. Pero derruido un edificio se impone su reedificación: los escombros solo sirven de estorbo. La reedificación del edificio del pensamiento, mal que pese á todos los pseudo-racionalistas, ha de fundarse en el psiquismo, empleando, como sillares, eso sí, los

materiales que aporten todas las ciencias físicas, pero no otorgándoles predominio sobre los aportadores por las ciencias morales y políticas. Esto es lo que hacen hoy los grandes pensadores, y por ello vemos el gran incremento que en todas partes toma el psiquismo.

No nos compete, ni es propio de este tratado, hacer un análisis de las ciencias cuyos elementos constituyen la parsofia mágica; para esto necesitaríamos escribir un buen número de volúmenes, dado caso de que nos consideráramos con fuerzas para ello, y necesitaríamos empezar por el A. B. C. de cada ciencia. Lo que cabe aquí es abrazar las síntesis, presentar en bloc las conclusiones á que hayamos de atenernos, y remitir al lector estudioso que quiera adquirir mayores conocimientos de la materia, á los tratados especiales que de ella se ocupen. Esto es lo que haremos en lo sucesivo.

Decíamos hace poco que la psicología contemporánea tiene mucho que aprender de la psicología antigua. No es extraño. Después de la oleada materialista, del diluvio de negaciones á que por espacio de diez lustros ha estado sometido el mundo, lo lógico, lo natu-

ral es que todos nos preguntemos qué somos y por qué somos. Y, cosa curiosa: la Fisiología, esa rama de las ciencias físicas que tanto se afaná por destrozar al *yo*, que con tantos bríos negóse á admitir el poder de la voluntad, la acción del pensamiento, la virtualidad de la sugestión, en una palabra, el dominio de la psíquis, es la misma ciencia que hoy, sondando los arcanos del ser, se pregunta la causa de las personalidades múltiples, del determinismo y la libertad, de las afasias, de las locuras, de todo lo que á la psíquis compete. ¡Preguntar el por qué de una cosa que hace un siglo se negó, más aún, se convino en que no existía! ¡Tratar de inquirir lo que en los antiguos magos fué causa de oprobio, de irrisión ó de desdeñosa piedad!... ¿No es cierto que esto parece como la represalia sarcástica del destino? ¡Quién sabe! En la décima hora del *Nuctamerón* se dice que el *vengador* volverá por los fueros de la verdad una donde quiera que haya sido menospreciada. Lo cierto es que nada resulta tan abrumador ni tan brutal como el hecho, y que el hecho se impone para que la Fisiología tienda un puente de plata á la Psicología y á la Me-

tafísica, de los que creyó poder estar divorciada para siempre.

Volvemos, pues, al finalizar el siglo décimonono, allí donde se quedaron los magos de la Edad Media; volvemos á reanudar sus trabajos de *trasmutación*, á perseguir su *oro potable*, á desvivirnos por su *panacea universal*, á preparar *talismanes* y *amuletos*, á recitar *exorcismos*, *evocaciones* y *conjuros*, á desentrañar sus *grimorios* y *pentados*; volvemos á iniciarnos en el *saber*, *osar*, *querer* y *callar*; volvemos á *estudiarnos* para *conocernos* á *nosotros mismos*. Pero nuestro atavismo, nuestra retroacción, no supone un retroceso: supone una rectificación, un conocimiento más completo del camino que llevamos recorrido. Volvemos atrás llevando las impresiones gráficas de los panoramas descubiertos, sabiendo los escollos que tenemos que salvar, teniendo conciencia de lo objetivo cuyo arquetipo debemos buscar en lo subjetivo. La Física, la Química, la Fisiología, la Biología, las Filosofías moral y transcendental, todas las ciencias, en suma, nos servirán de apoyo; y libres del lastre embarazoso del *exoterismo*, esto es, de la forma, de la cáscara, entraremos de lleno en el *exoterismo*, en la almendra, en el fondo.

Por lo pronto tenemos dos evidencias, ambas suprosensibles, pero ambas también con caracteres de postulado. La primera procede del orden físico, y es, si se nos permite la frase, la clave que ha de darnos la solución á todos los problemas materiales que hoy por hoy nos preocupan; la segunda procede del orden moral, y tiene, como la anterior, la condición de postulado para todos los fenómenos del orden psíquico.

«La materia es el símbolo, el modo objetivo de la fuerza.—Todos los cuerpos, aún los más compactos, están en perpétua vibración.—La fuerza se revela por dos modalidades, y estas son causa de todas las condensaciones.—Cuando prepondera en la fuerza la modalidad centrípeta sobre la centrífuga, aparecen las densidades, que pueden ser gaseosas, líquidas ó sólidas, pero no por esto dejan de ser aspectos de la substancia única; y cuando prepondera, á la inversa, la modalidad centrífuga sobre la centrípeta, los cuerpos más sólidos se fluidifican.—La rapidez de la vibración está en relación directa del peso y masa de los cuerpos es asimismo la causa eficiente de las isomerías y de las polimerías.—Nada hay que no pueda reducirse á sus elementos ató-

micos, sea por la acción del calor ó la electricidad, sea por la de los disolventes ó reactivos químicos: en cualquiera de ambos casos la vibración opera el fenómeno.»

Estos son los apotegmas que nos presentan la Física, la Química, la Cosmología, la Historia Natural, todas las ciencias que se relacionan con el mundo físico ú objetivo; y las ciencias psicológicas y morales, contestes con las primeras, proclaman parecidos principios para el *yo*.

«Las manifestaciones del alma, dicen, sean por el pensamiento ó por la voluntad, se realizan mediante vibraciones.—Cuanto impresiona nuestro sensorio, es también por medio de vibración.—Vemos, oímos, olemos, gustamos y palpamos, no por los órganos á que se hallan referidos tales sentidos, sino por influjos ó impresiones que los nervios sensitivos se encargan de transmitir al alma.—Toda impresión en un órgano cualquiera implica la oxidación de una ó más células, la producción de calor animal y la modificación en el ritmo vibratorio del encéfalo.—Suprimir una parte del encéfalo es suprimir una serie de percepciones y manifestaciones, pero no es suprimir el *yo*, puesto que este queda intacto y puede

revelarse íntegro, total, por los restantes medios que le queden.—El *yo* es inmanente é inmutable como sujeto de sí mismo y de cuanto le rodea; las facultades del *yo* son condicionales, dependiendo de la educación, del medio y del estado del momento su mayor ó menor lucidez, intensidad y firmeza...»

Hé aquí los auxiliares de que habremos de valernos en nuestro proceso retroactivo; hé aquí los puntos dígitos del mismo que tenemos que recorrer, y que, por nuestro bien, no debemos perder nunca de vista.

CAPITULO II

Ciencias conjeturales

Damos este nombre á las conclusiones formuladas por algunos conspicuos observadores, mediante las cuales puede compenetrarse á través del aspecto físico, ó del modo gráfico de producirse una persona, las cualidades morales é intelectuales de la misma persona y lo que podemos prometernos de ella.

Consideradas superficialmente las *ciencias conjeturales*, ofrecen algo de empírico que

parece las excluye de lo que propiamente se denomina ciencia; pero analizándolas con mayor cuidado, escrutando su fondo con el microscópio de la razón, se ve sin tardanza que obedecen á reglas fijas, precisas, matemáticas; tan matemáticas como los fenómenos atmosféricos, como la rotación de los cuerpos celestes.

Vemos muchos más que no comprendemos. Cada sér, como cada cosa, es un libro abierto que ofrece á nuestras miradas las páginas donde tiene inscritos todos los secretos de su propia naturaleza, todas las modalidades de su propio sér, todo lo que, efecto preciso de su particular estado, podemos y debemos esperar de él en el momento propicio. Si decimos, y con razón, que cada sér es un misterio, no es porque ese misterio se oculte á nuestros ojos: es porque nuestros ojos carecen de la potencia visual necesaria para precisarle, es porque no sabemos ver.

Parecerá ridículo, por puro sabido, que digamos que un círculo no puede ser de otra manera que redondo. Sin embargo, muchos son los que conocen esta verdad en síntesis, y la afirman categóricamente, sin haberse detenido un instante á reflexionar en el por

qué de tal aseveración. La razón de este por qué, es tan sencilla como clara y concluyente. Nada puede revelarse en otra manera de ser que aquella que esencial y accidentalmente le corresponda; porque lo contrario implicaría negación de ser, imposible metafísico. Pues bien: esta razón tan sencilla, tan clara y tan concluyente, es aplicable también á las ciencias conjeturales. El hombre es un sér dual. Considerado fisiológicamente, esto es, en su naturaleza corpórea, está sometido á las leyes físico-químicas que regulan toda materia, y por ende, á la ley biológica peculiar á todos los seres vivos, motivo para el que, bajo este concepto, ni que decir tiene que está sujeto á reglas fijas, precisas matemáticas. Pero no es el cuerpo lo esencial en el hombre: no es siquiera lo que le imprime carácter, lo que le dá naturaleza: sobre el cuerpo está el alma, el algo inteligente, sensitivo y volitivo, que lo mismo puede reflejar en su rostro el placer que el dolor, la bienandanza que la miseria, le templanza que la cólera, todos los estados de conciencia, en fin, que envejecen ó rejuvenecen en veinticuatro horas, menos aún, en un minuto. Luego lo que importa considerar,—y esto es lo que

consideran las ciencias conjeturales,—es al espíritu, al sér esencial, al que dá carácter al hombre. Y este sér, lo repetimos, se ve forzado á revelarse siempre, lo mismo que el círculo, según sea su esencia y naturaleza, con sus aptitudes, con sus gustos, con sus inclinaciones, con todo el alegato moral que caracterice su esencia.

Pero para saber distinguir estos caracteres, para saber leer en el libro-hombre, es preciso ser buen observador; es preciso conocer lo que es aspecto y lo que es sombra degenerada de aspecto, lo que implique manifestación permanente y lo que no pase de ser manifestación transitoria. Estos conocimientos los dan, decimos mal, los inician las *ciencias conjeturales*; y no hacen más que iniciarlos, porque si en toda ciencia, como en todo arte, la teoría es coja cuando no va acompañada de la práctica, en las ciencias que nos ocupan la teoría es más que coja: es coja y míope. Son tantos los detalles á que hay que atender y tantos los grados en que se subdividen las reglas generales que dan, que solo una fina y perseverante atención puede irselos asimilando con el tiempo y el constante estudio.

Veamos, pues, las reglas generales que nos suministran algunas de dichas ciencias, y sobre cuyas reglas ha de basar sus observaciones el lector estudioso.

I

Fisiognomía

Entre los varios autores, así antiguos como modernos que se han ocupado de la Fisiognomía, ninguno lo ha hecho, á nuestro entender, con la precisión y claridad que Lavater, en su *Arte de conocer y de juzgar el carácter y las pasiones de los demás, tanto por los rasgos de su rostro, como por las bolsas de su cabeza, etc., etc.* Séanos licito, pues, seguir á ese autor en sus lecciones, para que los que nos lean beneficien de las enseñanzas del conspicuo abate.

Según el maestro, no todos los sitios y momentos son á propósito para examinar á una persona y juzgar de su carácter sin ulterior observación. El templo, el teatro, el café, el paseo, la visita y la tertulia, dan aspectos accidentalmente diferentes en cada sujeto; y las preocupaciones del momento, sean por

negocios financieros, por disgustos de familia, por empresas que acometer, por trabajos que realizar, etc., etc., también modifican parcialmente los rasgos fisiognómicos. A esto aludíamos hace poco cuando consignamos que en las reglas generales que presentan las ciencias de observación, hay infinitos grados ó detalles que solo el fino y perseverante estudio puede sorprender. Lavater aconseja, para obviar esta dificultad, que antes de emitir juicio sobre el carácter de ninguna persona, se la estudie en el templo, en el teatro, en la tertulia, en el paseo, en su despacho, ocupado en sus quehaceres profesionales, hablando con amigos y con extraños y en el seno de su familia, y más detenida y principalmente, cuando el observado crea hallarse solo ó que nadie se ocupa de él, entonces es cuando se revela en la plenitud de su sér.

Las profesiones se distinguen con suma facilidad. El poeta va siempre persiguiendo una rima, y por lo mismo, sus miradas se dirigen siempre al cielo, su boca está cerrada, contraída, y va tan absorto con sus pensamientos, que no se fija en quien pasa por su lado. El pintor mira casi siempre al suelo, como si

quisiera aprisionar con su mirada el conjunto de una figura; ordinariamente es flaco, va desgrefiado y cuida poco de su traje. El médico refleja en sus ojos la discusión en que constantemente está empeñado por la observación que acaba de hacer y que la ciencia le dice respecto de ella, va siempre preocupado con la idea de sus enfermos y lo que debe recetarles. El magistrado revela en su rostro un algo severo y sombrío, trasunto fiel de la misión que la sociedad le ha confiado; su conciencia le acosa permanentemente ante las dudas que se agolpan á su razón. El abogado defensor de pleitos tiene en sus ojos la vivacidad de la ardilla, porque no de otra manera ha de proceder para sacar á flote los asuntos que entre manos lleva. Y para las profesiones inferiores, no hay necesidad de mirar al rostro; basta mirar á las manos y á los labios; aquellas os indicarán en qué se emplean; éstos, si son babosos, avinatados, gruesos y musculosos, os dirán que se contractan con frecuencia para proferir frases poco cultas. Frecuentemente se vé en algunos seres una mancha avinatada que cubre el todo ó parte de una de sus mejillas y ojos, y esto revela la pasión de toda la familia, desde

sus tatarabuelos, por las bebidas alcohólicas.

Como método de observación preconiza Lavater, en primer término, hacerse cargo del temperamento del sujeto examinado, á cuyo efecto presenta cuatro grandes divisiones, que son: el sanguíneo, el bilioso, el nervioso y el flemático; luego recomienda se paremientes en las partes salientes de sus huesos, se mida su nariz, su boca y su mentón, se estudia sobre todo su mirada y sus ademanes, y por último su voz, porque la cualidad de los sonidos, el timbre que les imprima la laringe y el movimiento que ejecute con los labios, revelarán sin ningún género de duda las condiciones morales del sujeto examinado, sobre todo si se tiene habilidad bastante para contrariarle después de haberle oído en estado de calma, con objeto de que se traicione á sí mismo y se retrate de cuerpo entero. Otras circunstancias que también deben tenerse en cuenta son la edad, el clima y el sexo; luego el hábito ó el vicio predominante, la cultura intelectual y el estado y condición social; y por último, las modificaciones más ó menos pasajeras que la educación y el arte hayan podido introducir en la manera de ser. Y como regla absoluta, como condición precisa

para todos los casos,—lo repetimos como Lavater lo repite muchas veces,—el no fiarse nunca de la primera impresión, el acumular cuantas observaciones se pueda.

Hay un elemento morboso para todo examen imparcial, y éste es la simpatía ó antipatía que instintiva y súbitamente nos inspira toda persona. Si somos presa de la simpatía, no veremos en el examinado sino aquello que concuerde con las gracias inexplicables que nos cautivaron en la primera impresión; si por el contrario, nos domina la antipatía, todo en él lo veremos repulsivo. Hay, pues, que descartar este elemento morboso; hay que estar sobre nosotros mismos, si queremos llevar á feliz término los exámenes y si queremos sacar partido de la ciencia fisiognómica. Logrado ésto y habida cuenta de las generalidades que preceden, puede pasarse al estudio de las particularidades que siguen:

a) **Los ademanes.—El porte**

El linfático, rubio, blanco, sin energía, imprime también en todo su porte y ademanes su condición. Anda lentamente, sin virilidad, balancea los brazos como si los tuviera des-

prendidos; dobla sus rodillas; inclina hacia adelante su busto; es negligente en cuanto afecta á su aseo personal; lleva mal abrochados los botones y deshecho el lazo de la corbata; no mira donde pisa; mira con desdén á cuanto le rodea, y la linfa de su cuerpo trasciende en todos sus actos. Nada temáis de este hombre, pero tampoco nada esperéis de él; es tan incapaz para lo bueno como para lo malo.

El sanguíneo, por el contrario, presenta formas atléticas, musculosas, nerviosas, tiene la faz sonrosada, vibra al menor impulso, es vivo y viril en sus movimientos; su mirada es fugaz y penetrante; su paso es decidido; es activo de pies á cabeza para los negocios, para la amistad, para el placer, para el amor; está lleno de voluptuosidad y de ilusiones; ve, analiza y juzga cuanto pasa á su alrededor; tiene ancho el pecho y las espaldas, y se expresa con mímica tan viva, como viva y enérgica es su voz. Con tal sujeto podéis ir á todas partes, seguros de que os felicitaréis de ello.

El bilioso representa el reverso de esta medalla. Es exclusivista, su porte es exiguo, egoísta, taciturno; mira de lejos y sombría-

mente, presa de su bilis; evita las miradas ajenas, huye de compañías y escatima, por avaricia, hasta el aliento que aspira; se consagra por entero á su yo; escatima las palabras y no admite otros pensamientos que los suyos; en lugar de moverse y gozar de la vida, dando plena libertad á sus miembros, restringe sus movimientos como sus palabras y desearía pasar sin ver ni ser visto de nadie; en lugar de bracear, lleva los brazos cruzados sobre su pecho, estrecho y mezquino como sus espaldas, y en lugar de mirar para ver las bellezas de la creación, cierra los ojos ó se mira á sí mismo para pagarse de su propio sér; su mirada es falsa, lo mismo que su sonrisa; deplora la dicha que puede proporcionar á otro, y no experimentando jamás la necesidad de las pasiones nobles que producen la felicidad en el mundo, se aleja pronta y resueltamente de todos los motivos que pudieran despertarlas. Con tales antecedentes, inútil es agregar que el bilioso resulta el sér más temible entre todos los racionales.

El nervioso, finalmente, aunque se asemeja bastante con el sanguíneo, no deja de tener ciertas particularidades que le dan carácter propio. Generalmente es irascible, y sus mo-

vimientos, impelidos por nervios saturados de electricidad, son más violentos é impetuosos que calurosos; sus ademanes son nerviosos, casi hostiles, como su mirada; si os fijáis en él, sus ojos os enviarán torrentes de fuego, os desafiarán y hasta os pedirán explicaciones por vuestro silencio; tienen pasiones impetuosas y frecuentemente crueles; generalmente tiene buena y proporcionada conformación; su corazón no es naturalmente malo, pero está expuesto á serlo en todo instante por el mucho nitro y salitre de que están saturados sus nervios; generalmente es inteligente y decidor, pero para estar en buenas relaciones con él, es preciso no escatimarle concesiones; no teme ningún peligro, porque reconoce va con él, y, en fin, su carácter casi epiléptico, se revela por entero en su cabello negro y áspero, en las presiones de su mano que lastiman la vuestra, en sus movimientos secos y rígidos, en su palabra viva, acerba y amenazadora, y en su pisada, que se parece bastante á un *hurra*. Del nervioso cabe esperar todo, bueno ó malo, según del lado á que se incline, y ya se ha dicho lo que hace falta para tenerle propicio.

b) **El gesto.—El proceder**

No se necesita hacer ningún esfuerzo para distinguir al hombre inteligente del estulto, al bribón del hombre honrado, al ente vulgar del distinguido, porque el alma, siendo la directora de todos nuestros movimientos, les imprime siempre el sello de su sublime esencia. Así, el gesto de un tonto, por ejemplo, es desgarrado, grotesco, burdo; sus manos son carnosas y deformes; no tiene más inteligencia en la cabeza que en los pies, y viéndole gesticular y observando sus labios y sus procedimientos, adquirireis seguidamente la certeza de su idiotez.

El hombre inteligente, por el contrario, acciona con verdadero conocimiento de causa; sus ademanes en general son la expresión de sus buenas facultades intelectuales; y no puede ser ridículo en sus gestos, porque no lo es tampoco en sus discursos.

El proceder del bribón, aunque muy difícil de penetrar, se distingue perfectamente porque carece de la gracia, la franqueza y la espontaneidad características en el hombre

honrado; tiene algo de tenebroso, de temible, de inquietante, porque teme á cada momento que el peso de la ley venga á herirle, y sus celos y sinsabores no puede por menos que exteriorizarlos en la mirada, en la expresión y hasta en la indumentaria.

A su vez el hombre vulgar no puede confundirse con el distinguido, porque en este último todo respira superioridad, alteza de miras, modales distinguidos.

c) **Belleza y fealdad**

Hay dos clases de belleza, como hay dos clases de fealdad: una plástica, que no afecta poco ni mucho al modo de ser moral del individuo, y otra ética, que resalta del conjunto de pensamientos, palabras y obras de cada cual.

No nos ocuparemos de las primeras de estas bellezas ó fealdades, porque no se relacionan poco ni mucho con estos apuntes; nos ocuparemos de las segundas, porque son las que deben tenerse en cuenta en los exámenes fisiognómicos.

Las expansiones sublimes del genio ó de la virtud se reflejan por ciertos detalles que no

pueden tener otra calificación que la de bellos, aún cuando procedan de un cuerpo deforme y de unos rasgos fisiognómicos ingratos; y á la inversa, las manifestaciones de la idiocia y del vicio no pueden presentar otros detalles que aquellos que el buen sentido califica de horrorosos, siquiera procedan de cuerpos esculturales y estén exornadas con toda clase de galas, desde las de la oratoria á las de la corrección en las formas. Por natural instinto hacemos todas estas calificaciones; por natural instinto repelemos unas y nos asimilamos otras; por natural instinto, en fin, unimos á la bondad la belleza moral, puesto que ni una ni otra se reflejan objetivamente particularizadas, sino como resultante ética del modo de pensar, sentir y obrar.

d) **La voz**

Ya precedentemente hemos dicho de la voz, que por su timbre, su modulación y su perplejidad ó desparpajo, descubren los sentimientos del que la emite.

Hipócrates dice que hay tres clases de voz: una grave y fuerte, otra agria y clara, y la tercera mezclada de las dos precedentes. Por

el timbre de la voz puede conjeturarse el carácter del hombre, porque el que tiene la voz semejante á tal ó cual animal, tiene también el natural del mismo animal. Efectivamente, se nota que algunos hombres tienen la voz parecida al gruñido del cerdo, otros al chillido del mono, otros al rebuzno del asno, otros al balido de los corderos, otros al relincho del caballo, etc., y quien más, quien menos, todos tienen algo de las costumbres de los respectivos animales.

Aristóteles dice que la voz fuerte denota al hombre fuerte y de pasiones calurosas; la voz gruesa y palabra firme, al hombre generoso; la voz afiutada, afeminada, al hombre afeminado, al androgino; la voz zarabitosa, al hombre dispuesto á remontarse en cólera; la voz fuerte y clara, al alma lúgubre, sombría, sepulcral; la voz chillona, vocinglera, al hombre servil, litigioso y pendenciero; la voz plañidera, al hombre estúpido, desconsiderado, inconsciente y falta de voluntad; la voz gruesa y aguda, al hombre sabio, alegre, tratable; y la voz ruda y áspera, al hombre salvaje.

e) **El rostro**

La nobleza del carácter se revela siempre desde la frente á la nariz, por la proporción, igualdad y corrección de esta parte del rostro, que presenta ojos bien rasgados, pómulos de excelente configuración, cejas bien pobladas y perfiladas y frente despejada y más ó menos espaciosa.

Los dientes revelan también muchos secretos; los que son largos, amarillos y negros, muy semejantes al teclado de un piano, denotan generalmente un carácter duro, estúpido y aún cruel; los dientes caninos parecidos á los del lobo, son propios del hombre carnice-ro, feroz; los dientes medianos, unidos y un poco entrados, son prueba de fuerza y atrevimiento; los dientes bien alineados y esmaltados é iguales entre sí, prueban una salud perfecta y buenos pulmones; los dientes pequeños y simétricamente colocados son testimonio de una inteligencia amiga del orden; los dientes sucios revelan al hombre perezoso, goloso y de una inteligencia limitada...

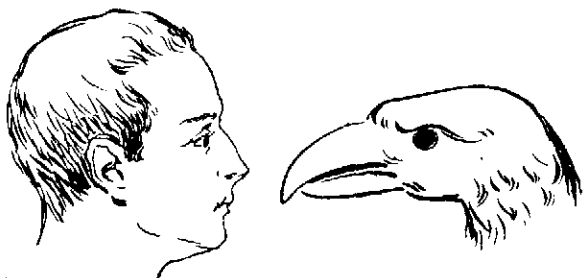
Pero volvamos á los signos de la frente.

Una frente elevada, blanca y majestuosa,

es indicio de que recubre un cerebro rico, fecundo y enérgico, un cerebro inteligente, vivificado por el suficiente fluido sanguíneo; una frente baja, estrecha, deprimida de adelante hacia atrás, oculta un cerebro cretino, pobre, hidrocefalo, sin vigor; una frente rugosa y sombría es indicio de avaricia, envidia, mala intención y descoco; y una frente serena límpida y transparente, revela talento, virtudes, sinceridad y cordura. Además, las frentes del hombre tienen mucha semejanza con las de los animales, y corresponde, como la voz á las condiciones del irracional á que se asemeja. La frente de *cerdo* descubre al glotón, envidioso y estúpido; la de *mono*, al malicioso y pérfido; la de *asno*, al estúpido, al idiota; la de *caballo*, al inteligente, altivo y noble; la de *carnero*, al infeliz, al falta de voluntad.

Aparte de la frente y la dentadura, hay otros rasgos fisiognómicos que denotan á las claras las cualidades morales de los sujetos; pero estos rasgos han de considerarse en conjunto, y por esto Sabater, con muy buen acuerdo, los describe en diecinueve figuras modelos, que son las que siguen.

Figura 1.^a



Es el tipo del *ambicioso*. Le reconoceréis fácilmente por su tez un poco aceitosa, por sus labios delgados y cerrados como los de un hombre que medita un plan vasto y profundo; por su frente ancha y abultada y por su cabellera clara. Su nariz es bastante larga, afilada; puntiaguda y un poco encorbada como el pico del águila; sus mejillas son cruzadas y están partidas por un surco que va á perderse entre los pliegues de la frente; sus labios son picados y hundidos; tiene por costumbre mirar al cielo como buscando la solución de algún problema, y distraído en extremo, parece que os está escuchando cuando no para atención ninguna en lo que le de-

cis, porque le absorbe por entero la intriga de su ambición.

Por regla general el ambicioso es de estatura baja, tiene el cuello corto, las espaldas cargadas, los miembros más nerviosos que carnosos, su temperamento es nervioso-bilioso, lleva estampado en el rostro el sello de su carácter con bilis verde, y en la parte superior de la cabeza ostenta, como las águilas, el promontorio de su ambición; tienen los ojos verde grisáceos, poco hundidos en su concavidad aunque algo vueltos por las cejas; su oreja es pequeña y bien configurada; gozan de fino oído; tienen la mano nerviosa y seca; ignora qué son el amor y la amistad y tiene el corazón seco para cuanto no sea pasión por la riqueza y los honores.

El ambicioso duerme poco, está flaco, no piensa si no en el mañana. No comparte su lecho y su hogar con ninguna mujer sino á condición de que le sirva de instrumento en sus empresas, y á la más bella mujer que le ofreciera su mano, no la aceptaría sino para que le abriera la puerta del despacho de un ministro ó del rey, síquiera tuviera que ofrecérsela como favorita.

Figura 2.^a



Es el tipo del *hombre perverso*. Miradle bien; su figura es fea, deforme; tiene las orejas largas, estrechas y un poco córneas, como las del tigre ó del chacal; su nariz es regular, estrecha y azulada; su boca es distendida con labios delgados y dentados; tiene dientes caninos, muy largos é inclinados hacia fuera; su palabra es pronta, breve, desprovista de unción, sin sonrisa, dura y decisiva; su voz es fuerte y algo gangosa; su pie, como su mano son huesosos, triangulares, amarillos y cálidos; su ojo es gris-verdáceo, seco y resplandeciente como el mármol, lo que le da una mirada áspera, sepulcral, siniestra, árida, frecuentemente tiene la niña del ojo inyectada en sangre; su cabello es algo rubio, rudo

y crespo, y si sonrie hay en su sonrisa algo de cruel, algo de feroz que os taladra el corazón.

Semejante ser, en quien el frenólogo descubrirá dos grandes promontorios en los temporales, signos característicos de su crueldad, es de temperamento esencialmente nervioso, abunda en él el nitro, y eso le arrastra á sus furores concentrados, á sus celos, á sus venganzas, á sus asesinatos; inclinaciones fatídicas en las que los sentimientos de bondad y de justicia han cedido su plaza á las de rapiña y odio.

Figura 3.^a



Es el tipo del *voluptuoso*. Y aquí es oportuno consignar, antes de pasar más adelante, que el adjetivo de voluptuoso no cuadra sola-

mente á los que se entregan á los placeres de Venus, sino que abarca también á los que en la mesa, en el teatro, en el tocador, en la tertulia, en todas partes, buscan el refinamiento del placer el colmo del deleite.

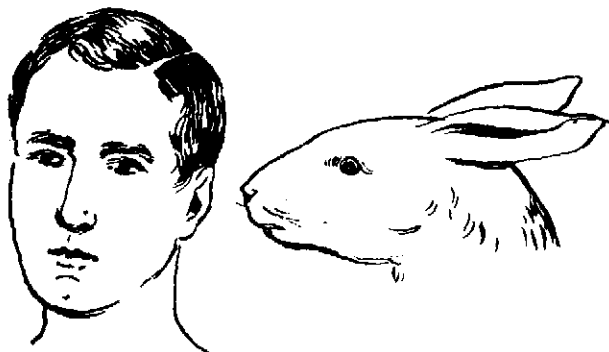
El temperamento del voluptuoso es esencialmente sanguíneo ó linfático; tiene poca bilis y mucha timidez; su talle es afeminado, su mano pequeña y blanca, su pecho largo y depilado, su muslo redondo y torneado. sus espaldas anchas, sus carrillos sonrosados, su boca grande y bien guarnecida de dientes pequeños y esmerilados, en una palabra, todas sus formas son de hermafrodita.

La voz del voluptuoso es suave, cariflora, lacrimosa; su frente es deprimida y estrecha; sus labios, gruesos y salientes; su nariz mediana y blanca; su occipucio muy pronunciado... el macho cabrío le retrata bastante bien, así en lo físico como en lo moral.

Si anda, lo hace con lentitud, con timidez, con delicadeza, ni más ni menos que una damisela; si está sentado, procura guardar todas las formas; y si va de visita ó de paseo, carga con cuantas joyas posee y es su cuerpo un almacén de perfumerías. No gusta de demostraciones efusivas y espontáneas; prefiere el

coqueteo; no saluda jamás con un apretón de manos, lo hace con la punta de los dedos. En fin, ama el placer con delicadeza y es virtuoso por voluptuosidad.

Figura 4.^a



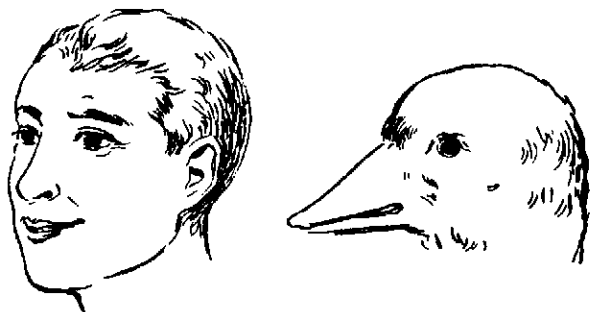
Hé aquí la imagen del *distraído*. Su temperamento es semi-sanguíneo, semi-linfático; su cabeza es pequeña, más larga que esférica; su rostro es el del hombre pensativo, soñador; desconoce las pasiones y se siente más inclinado al bien que al mal.

Efecto de su falta de atención no para mientes en nada, ni en sí mismo, ni en cuanto le rodea; sale de casa sin corbata, con el sombrero al revés, sin abrocharse el chaleco, etc.;

ha perdido la noción del tiempo y saluda con un «buenas tardes» á las ocho de la mañana ó un «buenas noches» á las doce del día; confunde á la doméstica con la señora y al portero con el dueño; penetra en la casa del vecino pensando de entrar en la suya y se halla en mitad del paseo cuando piensa encontrarse en su despacho.

Si le habláis de algo, no para mientes en lo que le decís, aunque parezca reflexionar sobre ello, y si esperáis á que os conteste á alguna pregunta que le hayáis dirigido, esperaréis en vano ó bien quedaréis estupefactos viendo que os habla de otra cosa. Por lo demás, es un sujeto de quien no hay nada que temer.

Figura 5.^a



He aquí el aspecto del *embustero*. En gene-

ral es muy musculoso, tiene la nariz larga, la boca grande y sonriente, la frente pequeña, estrecha y algo deprimida, los labios delgados y movedizos, los ojos claros y brillantes y de falaz expresión y la palabra pronta y locuaz con timbre gangoso. Su temperamento es semi-sanguíneo y semi-linfático, y busca constantemente en los solicitantes una ayuda á su profesión, porque de tal puede calificarse á su mentir sempiterno, sin necesidad, sin interés, sin propósito ninguno dañino, puesto que acaba frecuentemente por creer á sus propias mentiras.

Los ademanes del embustero son vivos, petulantes, casquivanos, y la frenología descubre en él, cerca del promontorio de la disimulación, otro no menos grande, que es el del embuste.

Figura 6.^a



Hé aquí el retrato del *valiente*, del *héroe*. Su frente es elevada y ancha, sus cejas arqueadas y espesas, su nariz recta y viril, partiendo con energía de la raíz de la frente, su boca un poco grande y en forma de 8 trazado horizontalmente, su mentón carnoso con un hoyo en el centro, goza de colores muy sonrosados, efecto de su temperamento esencialmente sanguíneo; tiene un pecho hercúleo, miembros musculosos y mirada fiera y atrevida.

El león da un facsímil bastante exacto del hombre valiente.

Figura 7.ª



El *orgullosos*, cuya es esta figura, revela su

presunción y fatuidad en todo: en el peinado, en la mirada, en la sonrisa, en los movimientos, en las palabras... Imposible es confundirle con ningún otro tipo.

Lactancio dice que tiene generalmente las cejas arqueadas y negras, el semblante descolorido, la nariz un poco bombeada, la zoca pequeña, los ojos ovalados, grandes claros y relucientes y los dedos largos y gruesos; y Ovidio agrega que el caminar del orgulloso es lento, balanceado, lleno de satisfacción y petulancia, que le gusta el rechivo del calzado ó el taconear y que se detiene frecuentemente en su camino con la cabeza alta y la mirada provocativa, como para demostrar su superioridad sobre todos los demás.

Figura 8.ª

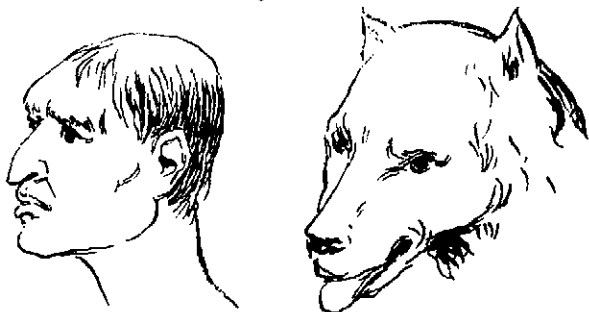


El *avaro* no necesita describirse: basta verle para reconocerle. Frente baja, rugosa, azafranada; cabellos negros, ásperos, sucios; orejas de momia; sienes calvas y hundidas; ojos hundidos, cejas espesas y amenazadoras, nariz larga y corva; mejillas huesosas y llenas de arrugas, arrugas divergentes en el ángulo izquierdo del ojo; tez avellanada; boca escorbútica; dientes amarillos; barba puntiaguda; espaldas encorvadas; temperamento seco; mirada falsa y furtiva; cabeza y ojos bajos; traje desaliñado y sucio; sonrisa de hiena... Esta es su verdadera efigie.

Cuanto á sus hábitos mezquinos, el *avaro* llevará el tabaco en un cucurucho de papel á fin de no ofrecerle á nadie; leerá los periódicos en los sitios de venta, ó bien por encima del hombro de cualquiera que esté á su alcance; aprovechará las márgenes de cualquier impreso para hacer números... lo que representen capitalizados los intereses de sus préstamos; escatimará las cerillas al subir, de noche las escaleras de la casa, si por suerte se ve algún día precisado á salir; en fin, tendrá siempre cerradas su mano, su puerta, su corazón.

Aristóteles dice que la voz del avaro es aguda, escoriada, funesta, como el son de un clarín tocando á rebato; y Spurzheim halló muy desarrollado en la cabeza de los avaros el órgano de la rapacidad.

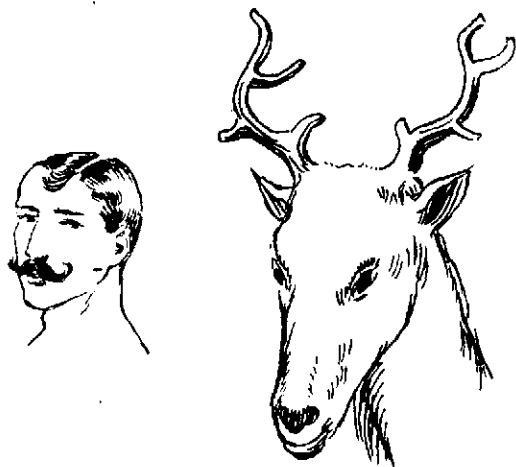
Figura 9.^a



Es la imagen del *ladino*. Su temperamento es esencialmente bilioso, y consecuentemente, muy quisquilloso, muy irascible y muy porfiador. Su frente forma un siete por ambos lados, presentando dos promontorios que no son nada tranquilizadores; su nariz es afilada, puntiaguda como la hoja de un puñal; sus labios delgados anuncian la sequedad de su alma; su barba es cuadrada y huesosa, lo que anuncia un ser desprovisto de sensibilidad; sus mejillas son aplanadas y están cruzadas

de arrugas; todo el color de su tez es verdá-
ceo, efecto de su bilis; sus dientes pochos son
de color de chocolate, ralos y mal olientes,
lo mismo que su aliento; y, en fin, todos sus
miembros son agudos, ninguno redondo, por-
que su proceder es también agudo, trinchan-
te como la hoja de una hoz. Gall halló en
ellos, como en la zorra, desarrollado el órga-
no de la crueldad.

Figura 10.^a



¿Quien no tiene interés en conocer al hom-
bre dulce, tratable, amoroso, al hombre dig-

no por todos concepto de la general consideración? Pues véasele en esta figura. Tiene el rostro pálido, los cabellos claros, castaños ó grises; la frente angulosa; la nariz recta y como acartonada; la boca regular y como pico de clarinete; ojos pequeños, hundidos, como clavados en el fondo de sus órbitas, y casi cerrados cuando se ríe; labios cerrados herméticamente; aspecto sombrío; vientre pontilago agudo y rodillas salientes. Si habla lo hace en tono más bajo que alto, por no causar molestia al que le oiga; si le consultáis una opinión, os responderá invariablemente con un *me parece. aunque no valga lo que diga*; y si se ve precisado á ejercer de censor, lo hace siempre inclinándose más del lado de la benevolencia que no del de la justicia.

Figura 11.^a



Es la imagen del *hombre honrado*. Su cabe

llo, por regla general es castaño; su frente elevada, pura, majestuosa, sin audacia, pero llena de noble firmeza y dignidad; su oreja es pequeña y bien conformada; su mano regular, graciosa; su ojo franco, expresivo y completamente abierto; su voz es dulce sin ser melifua, pero adquiere cuando conviene la energía y la rapidez del trueno; su andar es reposado, y todo en él es digno, precisamente porque se apoya en los principios de eterna justicia y humanidad.

Hay en el hombre honrado cierto *quid* particular que en vano tratan de sofisticarlo los bribones. Lo que en éstos es una amarga mueca, en aquél es una franca y espontánea manifestación del alma: por esto se diferencian tanto una de otra, y por eso se las distingue tan fácilmente.

*Figura 12.**



Terminemos esta galería ocupandonos del *hombre cruel*. En general tiene la frente baja y deprimida hacia atrás; los ojos muy negros, vivos y redondos; los músculos de toda la cara en perpetua convulsión; la cabellera ó muy rubia ó muy negra, pero siempre dura y crespa; la oreja grande y desagradable á la vista; los labios gruesos y vueltos de una manera repugnante; la mano musculosa y sin gracia; su pie largo, patoso y torcido; su andar fogoso, impetuoso, y todo su porte, en fin, provocador y feroz. Como detalle general, en todos los hombres crueles, se observa que tienen las cejas unidas á la raiz de la nariz por unas cuantas cerdas crespas y enmarañadas, y que la barba, en general, es en ellos muy crespa y muy rala.

Con las doce figuras-tipos que acabamos de presentar y con las reglas generales que las precedieron, consideramos haber dicho lo bastante respecto á fisiognomía. Que el lector aproveche las lecciones y se persuadirá de que es así.

Craneoscopia

La craneoscopia, aunque es una ciencia completa por sí misma, puede y debe considerársela como los primeros jalones de la Cefalometría; así como ésta es un aspecto intermedio entre su hermana menor la Craneoscopia y su hermana mayor la Frenología.

De tiempo inmemorial se venía considerando, que así como existe relación entre el volumen de los músculos y la fuerza muscular, así también debía existir relación entre el peso y volumen del cerebro y la inteligencia del individuo. Muchas eminencias consagraron sus vigiliass á estudiar esta cuestión, que pareció envuelta en inextricables sombras; pero al fin, Broca en 1861 y Manouvrier y Sappey posteriormente, lograron evidenciar que, en efecto esa relación presentada existe, y no solo existe, sino que es constante para las especies y las razas y relativo al estado de salud física é intelectual de los individuos.

No nos detendremos á dar el peso específi-

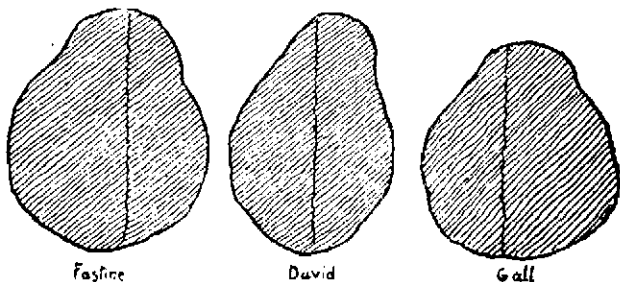
co de las especies examinadas, por cuanto, si cierto es que encajaría en este lugar, ningún resultado práctico nos proporcionaría, habida cuenta de que lo que en la Craneoscopia buscamos, no es la histología del cerebro, sino las señales exteriores que el cráneo puede presentar, para inferir por ellas las aptitudes, inclinaciones, gustos y tendencias de los sujetos examinados. Y en este concepto, con decir que los mamíferos son los más inteligentes entre los vertebrados, que luego siguen los pájaros, y que tras esto vienen los réptiles y los peces, queda dicho todo cuanto al respecto puede interesar.

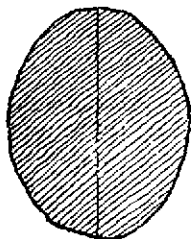
En el hombre hemos consignado también que estaban en relación el peso específico del encéfalo y la cavidad craneana, con la salud física é intelectual de los individuos. Rudolphi ha hallado que el encéfalo pesa por término medio:

En el obrero inteligente	1925	gramos
En el obrero iletrado ó analfabeto	1900	»
En el epiléptico	1830	»
En el epiléptico y maniático.	1760	»
En idiota	1030	»
En el que tiene la manía de las grandezas	1743	»
En la mujer ahorcada	1565	»

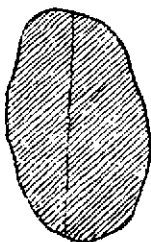
Estos pesos sufren alteración según la edad, el sexo y la raza, y por consiguiente nada tienen de absolutos.

La capacidad y configuración craneana ha proporcionado otra estadística semejante á la precedente, donde figuran, el célebre improvisador Festine, con la capacidad craneal de 1850 centímetros cúbicos y el peso encefálico de 1608 gramos, y el Obispo Roquelaure, con 1372 y 1193 respectivamente; el frenólogo Gall, con 1700 centímetros cúbicos de capacidad y 1478 gramos de materia encefálica, y el historiador Juvenal de Orsinos, con 1530 y 1330 respectivamente; y en fin, el filósofo Descartes, mucho menos enriquecido con toda su filosofía que el matemático David, pues mientras este presentaba una cavidad craneana de 1736 centímetros cúbicos, Descartes solo la ofrecía de 1706, y mientras en encefalo de David pesaba 1510 gramos, el de Descartes no pesaba 1484. La configuración puede verse por las siguientes siluetas:





Descartes

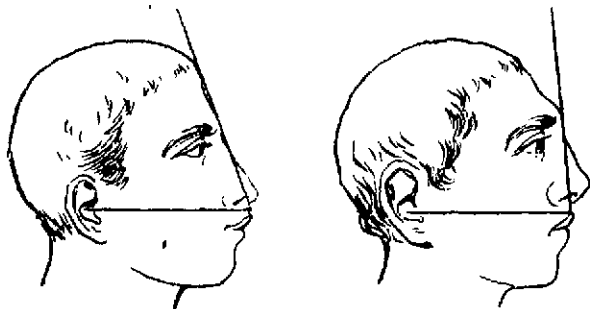


Juvenal



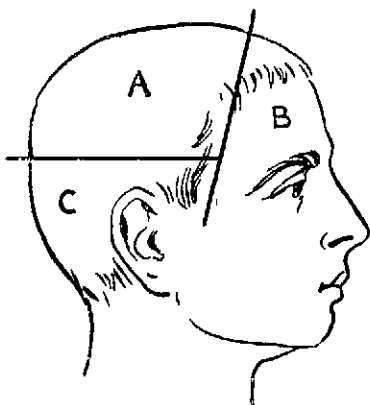
Roquelaure

Finalmente la craneoscopia estudia la configuración del cráneo apreciando su ángulo facial, lo que por cierto no da excelente resultado en todos los casos como puede verse por las siguientes figuras en las que á pesar



de ofrecer la segunda cabeza un ángulo mucho más magnífico que la primera, todo el mundo reconocerá en esta última un tipo mucho más inteligente que en aquella; y estudia

también las facultades del individuo dividién

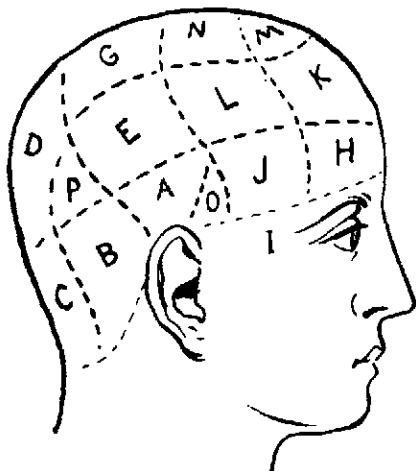


dolas en tres clases, á saber: facultades morales (*a*), facultades intelectuales (*b*) y facultades instintivas (*c*); campo este último que como compete á otra ciencia, no puede la craneología profundizarle y se limita á decir, como hemos visto al tratar de la fisiognomía, que una frente alta y despejada es signo de elevación moral, que una frente baja y estrecha es indicio de mezquindad, que una frente abultada hacia los temporales revela imaginación, etc , etc. Ahora pasaremos á detallar un poco más esta doctrina, pasando también á exponer los principios de otra ciencia.

III

Cefalometría

Así como los estudios fisiognómicos prepararon el camino para los craneoscópidos, así estos últimos los prepararon para los cefalo-



métricos, de los que fué el apóstol Harembert. Desgraciadamente estos estudios son poco conocidos. Harembert no fundó escuela porque no supo agitarse, porque escribió poco y porque lo poco que escribió fue repartido como

pan bendito entre sus cuatro docenas de admiradores y discípulos. Sin embargo tenemos de él lo más importante, lo más trascendental, *organografía cefalométrica*, y esto es lo que pasamos á reproducir.

•Las facultades primitivas son como los colores primitivos, obrando en conjunto y en proporciones diferentes producen las innumerables medias tintas.

Bajo los temporales ó hueso del instinto del amor á la vida, se hallan:

A. *Alimentividad*: alimentarse.

B. *Defensividad*: defenderse y atacar.

Bajo el occipital, ó hueso del instinto del amor á los otros, están:

C. *Amor*: generación.

D. *Simpatía*: vinculación á las personas.

Bajo los parietales ó hueso del instinto del amor á sí mismo se encuentran:

E. *Circunspección*: temor que impele á la prudencia á huir ó á ocultarse.

F. *Fiereza ó altivez*: emulación, ambición.

G. *Perseverancia*: fuerza de carácter.

Guiados por la razón todos estos instintos son virtudes; sin este guía natural, se vician y convierten en fuente de peligrosas pasiones.

Bajo el frontal ó hueso de la razón hallaremos:

H. *Configuración*: sentido y memoria de las formas, base de la observación.

I. *Memoria de los sonidos*: palabras y ruidos.

J. *Armonía*: facultad de asociar y completar las ideas, producto de todas las sensaciones.

K. *Penetración*: comparación, juicio.

L. *Imaginación*: suposición, ficción indagación.

M. *Equidad*: sentido de lo justo.

N. *Respeto*: amor á lo bueno, á lo bello y á lo verdadero.

O. *Sensación*: los cinco sentidos corporales tienen sus órganos bajo estos esfencoides, y por ello se le denomina hueso de las sensaciones.

La moral toda entera está en dirección de los instintivos, que son: amor á la vida, amor á sí mismo y amor á los demás: y estos amores, armonizados por la razón, que es el amor á lo bello y á lo justo, dan de sí para el hombre, la felicidad y la perfección que cabe apetecer.

La Ecfalometría divide el cerebro en siete instintos y siete facultades, y de la combinación de unos y otras nacen las aptitudes, los grados de inteligencia, de moral, de virtudes y de pasiones.

La PENETRACIÓN es la facultad de comparar; ligada á la *imaginación* y á la *armonía*, hace nacer la *casualidad*, que demuestra las relaciones entre la causa y el efecto y crea inducción, fundamento de casi todas las ciencias. Unida la *penetración* con la *equidad*, la *simpatía* y el *respeto*, obtiene el hombre su mérito social; y si se une á la *configuración* y y á la *armonía* será ingenioso y práctico, y si á la *memoria de los sonidos*, elocuente; pero como prepondera esta memoria sobre la *penetración* y por añadidura se carezca de instrucción, desde luego puede asegurarse que la gárrula charlatanería sustituirá á la elocuencia.

Sin la EQUIDAD, que obrando con la *simpatía* crea la bondad y la benevolencia, el hombre inteligente es cáustico y celoso, porque la dignidad (*fiereza* en el instinto animal) degenera en orgullo. Sin la *circunspección* será poco comedido en los actos; con mucha *circunspección* rara vez se es estrepitoso. La risa de los sabios se ve, pero no se oye.

La IMAGINACIÓN es la facultad de crear suposiciones, ficciones, imágenes para llegar al conocimiento de la causa de las diferencias y de las analogías reconocidas por la *compara-*

ción se le debe, combinada con otras facultades, la esperanza, la poesía y el entusiasmo.

La **EQUIDAD** es el sentido de lo justo la conciencia la conciencia, unida á otras, se le debe la sensibilidad; la benevolencia la abnegación y la caridad.

El **RESPECTO** es el coronamiento del espíritu, el amor y la admiración á lo bello, lo verdadero y lo justo, que la *penetración*, la *imaginación* y la *equidad* armonizadas con la *inteligencia*, nos hacen conocer.

Sin embargo, tan nobles facultades en el espíritu del hombre, suelen no estar equilibradas entre sí y en tal caso degenerar en excesos.

Con sobrada *imaginación* y *respeto* se cae en la superstición, en el fanatismo ó en el misticismo, que se ponen fuera de la razón, desconociendo la *equidad* y conveniencias.

Del convencimiento de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, del mundo moral, debe nacer la acción poderosa y armónica de todas las facultades del espíritu unidas á una inteligencia completa.

Bajo la influencia de la *razón*, la *circunspección* es la prudencia, una virtuosa timidez,

una juiciosa indecisión. Sin ese guía dispone á la astucia, á la mentira, al robo.

La *perseverancia* es la constancia, la enérgica de carácter, ó bien la obstinación, la contumacia y el despotismo, cuando se combina con la fiereza igualmente viciada.

La *fiereza* es la dignidad, el honor, el amor propio, una noble ambición, ó bien el orgullo, la envidia, la soberbia, la fatuidad y una coquetería exagerada.

La *simplicidad* es la amistad, la sociabilidad, ó la disposición á adquirir malas costumbres por dejarse influir de malas compañías.

El *amor* (generación) es pudor, castidad, matrimonio, ó libertinaje, cinismo y crápula.

La *alimetricidad*, instinto de comer y beber para vivir, es templanza y frugalidad indispensables para la salud, ó glotonería y embriaguez.

La *defensividad* es coraje, susceptibilidad, ó brutalidad y crueldad. No le agrego el crimen porque el asesinato es á veces la venganza del cobarde, ó el resultado de la instigación de otras personas.

Las faltas ó depresiones de los instintos, dan lugar á inconvenientes en el desarrollo

fructífero de la vida humana. Daré algunos ejemplos.

Sin *circunspección*, se imponen el aturdimiento y la indiscreción. Una larga experiencia puede dar una circunspección ficticia, que falta á menudo cuando obra otro órgano predominante.

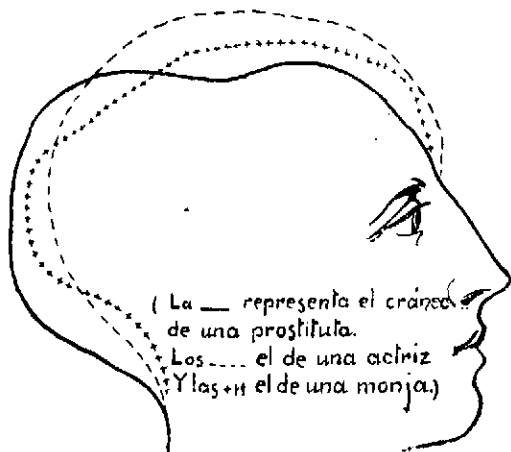
Sin *fiereza* puede haber modestia, humildad y abnegación, pero también cobardía; y si además de la fiereza faltan la *equidad* y el respeto, entonces indefectiblemente se presenta el envilecimiento y la baja.

Sin *simpatía*, surge el aislamiento, el egoísmo y algunas veces la avaricia, sobre todo cuando es reemplazada la *equidad* por la *circunspección*, pues entonces se busca en la amistad, la vanidad, la coquetería y á veces hasta el robo.

Sin la *defensividad* y la *fiereza* se engendran la pereza y la cobardía, que no deben confundirse con la poltronería, debida las más de las veces á un exceso de previsión y de imaginación.

Lo difícil en la *cefalometría*, como en todas las otras ciencias conjeturales de que nos venimos ocupando, es poder precisar la observación. Esto, ya hemos dicho que lo da la ex-

perencia y no el estudio teórico. Sin embargo,
y para que pueda servir como tipo de compa-



ración reproducimos también el dibujo presente, que representa tres cabezas de la colección de Harembert: la de una monja que permaneció mucho tiempo en el claustro, que es lo que va señalada con cruces (†††), la de una actriz, célebre por sus talentos y belleza, que es la que señala con puntos (.....) y la de una prostituta también célebre por sus liviandades, que es la figura trazada con línea (—). Este punto comparativo podrá servir de orientación al lector; después de él, no creemos que haya otro sino la práctica.

IV

Frenología

Es la hermana mayor de las ciencias precedentes. Vésale, Daubenton, Camper, Blumenbach, Broca, Gravidet, Quatrefages, Gall, Spurzheim, Cubí, Soler, Brussais y otros muchos, consagraron sus perseverantes afanes en sacarla del estado embrionario en que se conocía con el nombre de fisionomía craneoscópica, y en darle base científica incontestable, y por consiguiente, derecho de ciudadanía en las Academias. Gall nunca otorgó á esta rama del conocimiento humano el nombre de *frenología* (de *phren*, alma, y *logos*, discurso), sino el de *Fisiología del cerebro*: hizo la ciencia más material, más visible y palpable que no sus predecesores, sin duda por considerar que con ello le preparaba mejor el camino que debía recorrer.

No nos detendremos á criticar el valor del nombre, porque el nombre no hace á la cosa, como dicen los franceses: baste saber que ha prevalecido el de *Frenología*, y que con él es conocido el arte de distinguir el carácter, ap-

titudes, gustos é inclinaciones de una persona, mediante el exámen y comparación de las protuberancias y depresiones que presente su cráneo.

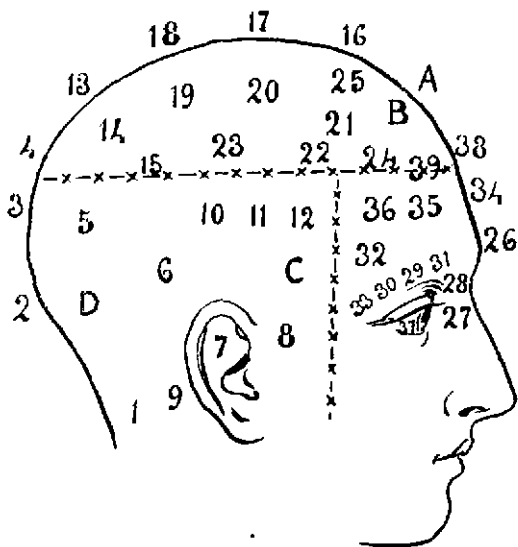
Que este arte tiene una base cierta, que las protuberancias y depresiones son un hecho, y que esas protuberancias y depresiones responden al modo de ser psíquico, esto es, intelectual y moral del individuo, podía ponerse en tela de juicio hace unos veinte años, pero no puede dudarse hoy después de haberse confirmado experimentalmente la localización en el cerebro de todas las sensaciones, después de haber visto que las impresiones visuales, auditivas, gustativas, táctiles, olfatorias, etc, van á localizarse cada una en su región especial del encéfalo, y aun que establecen entre sí la debida diferenciación, según el rango á que pertenezcan. Luego la base es cierta, y lo único que precisa, es que el arte sepa abarcar en conjunto y apreciar en detalle lo que esa base le indica.

He aquí el objeto de este capítulo.

Son varios los autores que se han ocupado de Frenología, como hemos dicho ya precedentemente; y aunque todos, de distinta forma, han expuesto el mismo fondo, es bueno

seguir á uno solamente, porque de ese modo no sé si está tan expuesto á ofuscaciones. Nosotros seguiremos á Cubí, tanto por ser español y contar en España con muchos y muy aventajados discípulos, cuanto porque su sistema es de los más minuciosos y concluyentes que se conocen.

Empecemos por presentar su cabeza frenológica.



AFFECTOS

Afectos inferiores

- 1 Amatividad

- 2 Filogenitura
- 3 Habitatividad
- 4 Concentratividad
- 5 Adhesividad
- 6 Acometividad
- 7 Destructividad
- 8 Alimentividad
- 9 Conservatividad
- 10 Secretividad
- 11 Adquisividad
- 12 Constructividad

Afectos superiores

- 13 Aprecio de sí mismo
- 14 Aprobatividad
- 15 Circunspección
- 16 Benevolencia
- 17 Veneración ú obediencia
- 18 Firmeza ó constancia
- 19 Concienciosidad
- 20 Esperanza
- 21 Maravillosidad
- 22 Idealidad ó perfectibilidad
- 23 Sublimidad
- 24 Chistosidad
- 25 Imitación

INTELECTO

Intelecto inferior ó perceptivo

- 26 Individualidad
- 27 Forma ó configuración
- 28 Tamaño ó extensión
- 29 Peso ó resistencia

- 30 Colorido
- 31 Localidad
- 32 Cálculo numérico
- 33 Orden
- 34 Eventualidad
- 35 Tiempo ó duración
- 36 Tonos
- 37 Lenguaje
 - Intelecto superior ó reflexivo*
- 38 Comparación
- 39 Causalidad ó lógica
 - Organos no acabados de comprobar*
- A Penetrabilidad
- B Suavidad
- C Tactibilidad
- D Conyugabilidad

Conocida la organografía, es preciso una explicación algo más lata de su nomenclatura.

1) *Amatividad*. Se entiende por amatividad la inclinación á prolongar la especie y á consumir actos concupiscentes: la emoción ó conmoción del amor sexual. — El lenguaje mudo ó natural de la amatividad, es echar la cabeza hácia atrás y hacerla revolver sobre la nuca.

2) *Filogenitura*. Designa el afecto y ternura paternas, el amor á la prole, la propensión animar á estar en compañía y acari-

ciar á toda criatura tierna y débil. La filogenitura se manifiesta muy pronto en el sexo femenino con su amor á las muñecas.—El lenguaje natural de la filogenitura, es también echar la cabeza hácia atrás.

3) *Habitatividad*. Comprende el amor patrio, el deseo animal de establecer un hogar privativo y permanente, el apego al sitio en que se ha habitado.

4) *Concentratividad*. Unidad y concentración de lo que se piensa y siente; fijeza de atención á una sola cosa.—Lenguaje natural: ademán meditabundo.

5) *Adhesividad*. Instinto de cariño, apego, devoción ó afecto tanto á personas como á cosas; propensión á asociarse, á reunirse; sociabilidad.—Lenguaje natural: el abrazo, el ósculo, el fuerte apretón de manos, inclinando la cabeza, vuelta hácia la localización de la adhesividad, á la persona con quien se habla.

6) *Acometividad*. Propensión á oponerse, á resistir, á disputar, á tratar de vencer dificultades.—Lenguaje natural: dirigir la cabeza hácia atrás y hácia un lado, abrir un poco las piernas, cerrar los puños y dar á la mirada una expresión amenazadora.

7) *Destructividad*. Tendencia animal á destruir, matar, exterminar, inflingir castigo; instinto carnicero; emoción deliciosa que se experimenta al contemplar un cuadro de desolación.—Lenguaje natural: «La cabeza—dice Gall—bajo la enérgica acción de este órgano, no va detrás ni adelante, sino que, encajada hácia la nuca entre los hombros, se mueve rápidamente, ya hácia la derecha, ya hácia la izquierda.»

8) *Alimentividad*: instinto de alimentarse ó sustentarse.—Lenguaje natural: El lenguaje natural de la alimentividad en sus grados pequeño, moderado y grande, no se ha podido determinar hasta la fecha; pero para nadie pasa desapercibido en los grados muy grande y pervertido, puesto que es la expresión del glotón ante una mesa opípara.

9) *Conservatividad*: amor á la vida; propensión á conservarse; miedo á morir.—Lenguaje natural: tampoco ha podido precisarse el lenguaje natural de la conservatividad, sino es en los casos extremos de terror ante un peligro inminente.

10) *Secretividad*: propensión á vigilar, á ocultar, á callar, á reprimir la expresión externa de los movimientos del alma. Emoción

causada por el sigilo, socarronería, sospecha, suspicacia ó malicia.—Lenguaje natural: mirar furtivo; modo de hablar meloso y suave, por supresión de otras facultades y tendencias; boca apretada; ojos casi cerrados, dejando sólo una pequeña abertura para mirar por ella, sin que puedan sorprenderle la intención.

11) *Adquisividad*: tendencia á adquirir bienes y apropiárselos; deseos de poseer; emoción que nos producen las riquezas.—Lenguaje natural: mirar receloso y movadizo; encogimiento de hombros, como cuando el gato se dispone á echarse sobre su presa, boca contraída en mohín.

12) *Constructividad*: inclinación á dar forma y hechura, á construir, á fabricar.—Lenguaje natural: volver la cabeza alternativamente en la dirección de las sienes, donde está localizado este órgano.

13) *Aprecio de sí mismo*: amor propio; deseo de ocupar el primer lugar y de estar invertido de autoridad; interés personal; preferencia propia; petulancia.—Lenguaje natural: andar erguido y arrogante, con la cabeza echada hácia atrás; mirada fija, atrevida é

imponente; modales graves y fríos, y sin cortesanía de ningún género.

14) *Aprobatividad*: inclinación á merecer la aprobación ajena; amor á la alabanza; deseo de gloria, distinción y admiración.—Lenguaje natural: cabeza echada hácia atrás y ladeada; tono suave y solicitador en la voz; sonrisa afable en los labios y en todo el rostro. Si la aprobatividad es desmedida, hace que el individuo produzca mariposeos con la cabeza, separe las piernas, haga muchas contorsiones y sonría de cierta manera que causa disgusto y le pone en ridículo.

15) *Circunspección*: propensión á precaver; cautela, cuidado, ansiedad.—Lenguaje natural: ojos abiertos y muy movibles, y lo mismo la cabeza.

16) *Benevolencia*: propensión puramente moral á aumentar los goces y á disminuir las miserias.—Lenguaje natural: expresión dulce en el rostro, expresión dulce en la voz y expresión dulce en los modales.

17) *Veneración*: tendencia religioso-moral á obrar con deferencia, sumisión y respeto cerca de nuestros semejantes, á obedecer á los invertidos de autoridad y á adorar una Causa Absoluta.—Lenguaje natural: cabeza

Y cuerpo un poco inclinados hácia adelante; brazos cruzados; ojos vueltos hácia arriba, y ademán de humildad en todo el porte.

18) *Firmeza ó constancia*: tendencia á continuar en la misma conducta ó procedimiento, opinión ó planes.—Lenguaje natural: andar muy firme y tieso, dureza en los modales, voz enfática y campanuda.

19) *Concienciosidad*: propensión moral á darle á cada uno lo que se merece.—Lenguaje natural: cándida sencillez en los modales, afable seguridad en el tono de la voz, elevación y derechura en el modo de andar, y expresión tranquila y bonancible en todo el semblante.

20) *Esperanza*:—Afección religioso-moral que realiza el éxito, el acierto, la dicha y el bienestar.—Lenguaje natural, algo así como una suspensión de todos los efectos para reflejar solamente la esperanza. Esta expresión es fugaz y sólo se presenta cuando la esperanza se concreta á un asunto dado: por esto es difícil sorprenderla.

21) *Maravillosidad*: realización y creencia en lo grande, lo sobrenatural, lo misterioso, lo extraordinario, lo incomprensible.—Lenguaje natural: volver los ojos y las manos

con expresión de asombro, y volver la cabeza oblicuamente hácia arriba en la dirección de este órgano.

22) *Idealidad ó perfectibilidad*: sentimiento de lo bello, de lo exquisito, de lo poético, de lo elocuente; propensión á sobresalir, embellecer, perfeccionar.—Lenguaje natural: rostro inspirado; cabeza ladeada hácia donde está localizado el órgano.

23) *Sublimidad*: sentimiento superior de lo terrible, tremendo, grandioso, vasto, magnífico y estupendo, y propensión á comunicarlo á lo que se produzca, sobre todo si es intelectualmente.—Lenguaje natural: no hay las tantas detalles para poderlo describir.

24) *Chistosidad*: propensión á obrar cómicamente, á excitar la hilaridad; percepción de lo lúbrico, lo burlesco y lo jocoso.—Lenguaje natural: da al cuerpo actitudes lúdricas y al rostro visajes cómicos.

25) *Imitación*: inclinación á copiar la naturaleza y los modales, gestos y acciones de los otros.—El lenguaje natural de este órgano es su propia función.

26) *Individualidad*: facultad intelectual que percibe la cualidad de los objetos que los hace diferentes entre sí, dando á cada uno

existencia particular, única y aislada.—Lenguaje natural: Las facultades intelectuales, tanto perceptivas como reflexivas, tienen los órganos comparativamente muy pequeños, y por lo mismo no tienen bastante influjo para producir un movimiento particular perceptible en el organismo.

27) *Configuración ó forma*: facultad que percibe, conoce, aprecia y recuerda la forma ó configuración de los objetos.

28) *Tamaño ó extensión*: facultad que percibe, conoce, aprecia y recuerda la relativa magnitud, tamaño, longitud, amplitud, elevación, profundidad y distancia que presentan los objetos.

29) *Peso ó resistencia*: facultad que percibe, conoce, aprecia y recuerda la propiedad de los objetos que los hace pesados ó resistentes.

30) *Colorido*: facultad que percibe, aprecia y recuerda los colores, tintas, matices, etc.

31) *Localidad*: facultad que percibe, aprecia y recuerda la posición relativa que ocupan los objetos.

32) *Cálculo numérico*: facultad que instintivamente percibe, aprecia, combina y recuer-

da cantidades aritméticas, algebraicas y logarítmicas.

33) *Orden*: facultad que percibe, aprecia y desea arreglo físico en los objetos.

34) *Eventualidad*: facultad que percibe, conoce y recuerda cambios, sucesos, acción y movimiento, siendo origen de los verbos.

35) *Tiempo ó duración*: facultad que percibe, concibe y recuerda el tiempo y los varios intervalos de la duración en general.

36) *Tonos*: facultad intelecto-animal que percibe, recuerda y reproduce la melodía y armonía.

37) *Lenguaje*: facultad intelectual de representar ideas, conceptos y sentimientos por medio de signos arbitrarios.

38) *Comparación*: facultad intelectual reflexiva por medio de la que se conocen las condiciones, semejanzas, analogías, diferencias y adaptaciones que existen entre las varias clases de ideas que se perciben, conciben é imaginan. La comparación produce los adjetivos, símiles, metáforas y clasificaciones de cuanto depende de la semejanza relativa entre ideas y sentimientos.

39) *Casualidad*: facultad reflexiva que percibe las relaciones entre causa y efecto en

general, que colige ilación en las premisas, que descubre principios, que discurre ó sazona, y que adopta los oportunos medios para llegar al fin que se propone.

A) *Penetrabilidad*: facultad de juzgar á priori; propensión á penetrar en el fondo de las cosas; tendencia á construir teorías, á profetizar, á adivinar; conocimiento instintivo del corazón humano. Este órgano, que Cubí presenta como no comprobado suficientemente, lo está ya en su plenitud.

B) *Suavidad*: facultad por la que se es dulce, suave y morigerado en toda clase de manifestaciones; tendencia á ser meloso ó meliflúo en el modo de hablar, en el tono dado á la voz y en los ademanes que acompañen al lenguaje; horror para con los modales ásperos y groseros.

C) *Tactibilidad*: sensibilidad física á las impresiones externas; facultad que discierne por el contacto los cuerpos á que se aproxima. Este órgano también está ya determinado.

C) *Conyugabilidad*: deseo de unirnos por vida con otra criatura; propensión á estar constantemente al lado de otro; horror á que-

darnos sin la persona de nuestro afecto. También la conyugabilidad ha sido definida.

Para examinar una cabeza debe determinarse primeramente el temperamento del que la posea, y á continuación su tamaño. Este último se precisará por comparación, y mejor aún mediante el compás frenológico; pero debe tenerse en cuenta que no todas las razas tienen la misma cabeza, y por consiguiente, que no compete á todas tampoco un mismo orden de clasificación. Topinard halló que, por término medio, la capacidad craneana era:

	Hombres	Mujeres
En los auvernianos.	1998 cc.	1445 cc.
» bretones-gallots.	1599 »	1426 »
» » Baja-Bretaña.	1904 »	1366 »
» parisienses contemporá- nes.	1558 »	1357 »
» españoles vascos.	1574 »	1356 »
» corsos.	1992 »	1367 »
» merovingios.	1504 »	1361 »
» chinos.	1518 »	1383 »
» esquimales.	1539 »	1428 »
» negros del Africa occi- dental.	1430 »	1291 »
» australianos.	1347 »	1181 »
» nubios.	1329 »	1298 »

Broca, utilizando el craneógrafo de Topinard, ha podido hacer comparaciones entre

parisienses, vascos y negros, que le dieron por resultado:

	<u>Parisienses Vascos Negros</u>		
Angulo facial: arco yendo del punto superior de las órbitas al alveolar.	51°5	49°6	46°2
Angulo frontal: arco yendo del punto sobre orbital al sincipucio.	56°4	54°2	54°1
Angulo parietal.	60°9	64°4	66°2
Angulo occipital total.	71°2	73°0	72°2
Angulo frontal, en centésimas del ángulo craneano total, arco del punto indicado de las órbitas al opistión.	29°9	28°3	27°9

Y Cubí, en fin, dió como promedio para las cabezas catalanas, las medidas:

	<u>Hombre</u>	<u>Mujer</u>
De la cresta occipital á la individualidad.	0'18 m	0'162 m
De la concentratividad á la comparación.	0'156 »	0'152 »
Del orificio auditivo á la cresta occipital.	0'090 »	0'086 »
Del orificio auditivo á la individualidad.	0'123 »	0'120 »
Del orificio auditivo á la comparación.	0'121 »	0'118 »
Del orificio auditivo á la benevolencia.	0'142 »	0'129 »
Del orificio auditivo á la firmeza.	0'144 »	0'132 »
De la destructividad á la destructividad.	0'138 »	0'129 »
De la secretividad á la secretivi-		

dad.	0'141 » 0'123 »
De la circunsepección á la circunsepección.	0'129 » 0'105 »
De la idealidad á la idealidad.	0'125 » 0'105 »
De la constructividad á la constructividad.	0'122 » 0'120 »

Como regla general puede decirse que toda cabeza, sea cual fuese su temperamento, que nos mida 288 milímetros de circunferencia horizontal y 192 desde la individualidad á la cresta occipital, es idiota; que toda cabeza que mida desde el orificio auditivo hasta la firmeza, más de 144 milímetros, estando los órganos adyacentes bien desarrollados, tendrá constancia, energía moral y alteza de alma; y que toda cabeza que presente frente ancha, alta y espaciosa, será cabeza inteligente.

Formada una idea general del temperamento de la persona y tamaño de su cabeza, debe procederse á averiguar el tamaño de las tres grandes regiones intelectual, religioso-moral y animal, lo que se consigue echando idealmente una línea desde la *comparación* (número 28) en la figura, á la *concentratividad* (número 4), y otra perpendicular desde la *idealidad* (número 21) á la base del maxilar. La zona que queda por encima de la primera de

dichas líneas, es la que comprende las facultades morales y religiosas; la que forma en la parte anterior, la línea perpendicular abarca las facultades intelectuales; y lo restante del cráneo, las facultades animales.

Hecho esto, debe examinarse particularmente el tamaño de todos los órganos, valiéndose del palpeo y efectuándolo con los dedos planos, nunca de punta ó con la yema. Al hallarse prominencias, debe procurarse clasificarlas con la mayor exactitud posible, teniendo para ello una escala convencional que sirva de norma en todos los casos. Cubí, propone la de: Idiotismo—Muy pequeño—Pequeño—Casi moderado—Moderado—Casi lleno—Lleno—Casi grande—Grande—Muy grande—y—Pervertido. Esta escala, lo repetimos, ha de formársela cada frenólogo para sí, y esto solo llegará á conseguirlo mediante la práctica. Un órgano *idiotista* es el que en lugar de bollandura, ofrece depresión; el órgano *muy pequeño* es el que ofrece casi lisa la superficie; del órgano *pequeño* al *pervertido*, la gradación de menos á más protuberancia, no se puede definir.

Ya examinada en debida forma una cabeza, debe procederse á la síntesis. El análisis, lo

dan los órganos aislados; la síntesis, la combinación de las resultantes éticas de tales órganos. También aquí se le reserva á la experiencia el principal papel. Será una cabeza *amable* la que esté bastante desarrollada, sea activa y tenga preponderancia en los órganos de la benevolencia, veneración, adherividad y concienziosidad. Por el contrario, la cabeza de un *asesino* presentará deprimidos, posiblemente idiotas, los órganos de la concienziosidad, idealidad y benevolencia, y en contra de ellos tendrá pervertido el órgano de la destructividad.

Estos juicios comparativos de unos órganos con otros, y especialmente los opuestos, son los que determinan la predisposición, tendencia ó aptitud del sujeto examinado; pero es preciso tener presente: 1.º, que la voluntad carece de órgano, y es lo que caracteriza al individuo; y 2.º, que la educación, el medio y las sollicitaciones del momento influyen de una manera casi decisiva en lo moral y religioso del hombre.

Grafología

La Grafología es una ciencia que, aunque de antiguo la cultivaron algunos genios esclarecidos, apenas si logró fijar la atención de nadie hasta pasado el primer tercio del presente siglo. De entonces á la fecha es cuando se la conoce como ciencia, es decir, con reglas ciertas y precisas.

Tiene por objeto la Grafología reconocer las principales tendencias de un individuo por el simple examen de sus escritos; y se basa en que, engendrando el alma movimientos fisiológico mecánicos en su organismo en perfecta consonancia con su modo de ser, la escritura, que es el gesto fijo, la fisonomía materializada é indeleble del individuo, no puede dejar de reflejar esos estados, y por consecuencia, ser un espejo del alma.

Con efecto, esto último es lo que resulta la escritura para un grafólogo experimentado, para el ojo perspicaz de aquel que en los puntos, en las comas, en las tildes, en los acentos, etc., etc., sabe sorprender el tempera-

mento, la idiosincracia, la aptitud ó la idiocia del que los trazó. Y resulta un espejo, porque allí, entre aquellas líneas garrapatosas ó perfiladas, lee un pensamiento, esto es, el verbo del que escribe, y luego, en los trazos de su pluma, ve si es nervioso ó flegmático, si es displicente ó meticulouso, si es tímido ó atrevido, porque la pluma traza siempre lo que el movimiento del alma le motiva.

Son elementos de estudio en Grafología los signos ortográficos, y después, los tildes, los perfiles y los ganchos de las letras, la letra en general, los escritos, las márgenes y las rúbricas.

El punto indica especialmente las cualidades de orden y atención. Colocados en debida forma y sobre las *ies* y las *jotas*, denotan orden y atención; si faltan, inatención y negligencia; si es redondo y perfecto, claridad de juicio y firmeza; si apenas está marcado, debilidad y timidez, si es patoso, sensualidad; si largo, vivacidad; si excesivamente largo, extravagancia. El punto al final de las firmas, denota invariablemente desconfianza ó prudencia.

Lo que acabamos de decir del punto, es aplicable á la coma y á los acentos.

Los tildes son de cuatro clases: iguales, mazudos, hinchados y en forma de machete.

Los tildes largos y finos indican tenacidad; cortos y finos, indecisión; largos y recios, energía; largos y mazudos, violencia; cortos y recios, firmeza de carácter y resolución; si están trazados de abajo arriba y son recios, falta de positivismo; si son finos, tacañería; si están trazados de arriba abajo y son recios, tozudez; si son finos, medrosidad; si no tocan á la *t* y están delante de ella, decisión, carácter emprendedor; si están detrás, timidez, espíritu retrógado; si el trazo presenta un perfil redondeado al principio, tenacidad; si lo presenta al fin, arrogancia; si tiene la forma de ese caído (∞), fantasía; si está colocado sobre la *t* sin tocarla, sea su trazo el que fuere, dominación; si muy bajo, humildad, sumisión; si en el lugar que les corresponde, ni recios, ni delgados, ni mazudos ni hinchados, sin floreos ni rasgos de ninguna clase, inteligencia equilibrada, regular y ordenada; y, en fin, si se suprimen, negligencia y abandono.

Los vientres de la *b*, la *p*, la *l*, etc., cuando son normales, denotan una inteligencia equilibrada y dueña de sí misma; si son desigua-

les, extraños y confusos, revelan extravagancia ó locura (en todos sus grados) en el que los trazó; si son muy largos, imaginación desarreglada y excesiva y poco juicio, y si son muy cortos, idiotéz ó vulgaridad.

Si los perfiles y los trazos de la letra son largos y se confunden los de una línea con los de otra, pero presentando correcta uniformidad y proporción con lo restante de la escritura, revelan imaginación ardiente, vivacidad sin ideas; si son largos y finos, entusiasmo, exaltación, exageración; si largos y patosos y desproporcionados, irritabilidad, destemplanza, falta de cortesía.

Las márgenes estrechas ó raquíticas, se puede asegurar que provienen de un sér que desconoce la estética y que es más ó menos avaro; las regulares y perfiladas, de uno que presta sumisión ó la etiqueta; las anchas en exceso, de uno que es presa de la vanidad; y las desiguales, esto es, más anchas de arriba que de abajo, ó viceversa, de uno que aparenta generosidad para satisfacer su orgullo, en el primer caso, y uno verdaderamente generoso, casi pródigo ó pródigo, en el segundo.

La letra y la escritura es muy difícil de clasificar en conjunto, y más en nuestra na-

ción, donde tal amalgama se ha hecho de los caracteres español neto, francés, inglés, rondo y alemán. En realidad, pocos son los que tienen un carácter de letra puro, bien definido, y por lo mismo, las minucias en la observación no pueden establecerse. Como regla general, cabe decir que el carácter francés entraña la delicadeza, el amor y la energía; el inglés, el orden, el orgullo y la despreocupación; el alemán, el cálculo, la inducción y el recelo; el rondo, la poesía y el sentimiento, y el español, la hidalguía, la severidad y la franqueza.


Dentro de cada carácter puede después distinguirse la *escritura rígida*, en la que las

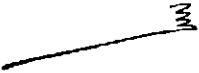
1 rígida	2 sinuosa	3 artificial	4 magistral	5 patosa
----------	-----------	--------------	-------------	----------


líneas están rectas y paralelamente trazadas y la letra es muy igual; la *escritura sinuosa*, en la que las letras suben y bajan de la línea, lo que revela alternativas de coraje y abatimiento; la *escritura artificial*, que está llena, enmarañada de rasgos; la *escritura magistral*, que revela en su arrogancia la extirpe del que la ha trazado; y la *escritura patosa*, que

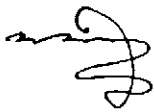
no hay más que verla para distinguir á través de ella la aptitud y el carácter del que la ha trazado.


Las rúbricas son lo que pudiéramos decir el retrato del autor; los grafólogos expertos ven en ellas las virtudes y los vicios y los talentos ó las presunciones del que las ha trazado. Una rúbrica de un solo trazo, como si

 fuera un sablazo, denota inteligencia clara, decidida y enérgica, y alguna vez agresiva; una rúbrica fulgurante, imitando, mal que bien,

 los zig-zags del relámpago, es propia de un espíritu apasionado, ardiente é impetuoso; la rúbrica que

 tiene muchos trazos rodeando al nombre, no la hace sino el egoísta y el que ama mucho de coqueteos; la que forma

 zig zag, en uno ú otro aspecto y después de haber descendido, vuelve al trazo primero como abarcándole con un garfio, es

 señal de avaricia y egoísmo; la que presenta un bucle más ó menos festoneado, es patrimonio de gente diplomática, rica en flexibilidad, en iniciativa

é imaginación, y amante de la intriga en todas sus formas; las que solo se componen de un rasgo, cualquiera que sea su forma, y este rasgo va hecho sin pretensiones, son testimonio de la calma, claridad de ideas y sencillez del que las ha trazado; las que afectan la forma de una maza, indican dureza, orgullo, tiranía, falta de tacto, y, en fin, las que parecen una tela de araña por sus múltiples líneas encabestradas, lo más frecuente es que sean de gente especuladora, aunque las usan también mucho los aficionados á la metafísica.

Con las ideas generales que acabamos de exponer y un poco de espíritu de observación por parte del que nos lea, creemos que fácilmente se puede pasar á formar juicios grafológicos; pero conviene advertir una cosa, á saber: que se formará un juicio erróneo la mayoría de las veces, si solo se tiene á la vista un documento del mismo sujeto. Aquel documento puede haberse escrito bajo el imperio de una idea disolvente, que no sea lo común en el autor, y sin embargo, queda la idea impresa en él; como, á la inversa, puede

haberse escrito con el propósito de engañar, y resultar falso todo cuanto el grafólogo co-
lija.

Es, pues, de suma, de imprescindible nece-
sidad proveerse del mayor número posible de
piezas de estudio, antes de formar juicio defi-
nitivo sobre ninguna de ellas determinada; y
es también de rigor que la práctica constante
dé la perspicacia que en vano se trataría de
recabar de la teoría.

VI

Pedesteromania

Debiéramos haber colocado este párrafo
antes que el que le precede, porque, al fin, la
materia de que va á tratar es puramente fi-
siológica, mientras que la Grafología es etio-
lógica; pero hemos preferido colocarlo en úl-
timo lugar, entre los de las ciencias conjetu-
rales, primero porque la materia de que trata
es de nuestra particular observación, y se-
gundo porque no tenemos la presunción de
suponer á la Pedesteromania adornada de
los mismos títulos que las hermanas que le

preceden, para que pueda codearse con ellas sin ningún género de empacho.

Hecha esta paladina confesión, entremos en el fondo del asunto.

Si con sobrado fundamento se ha dicho que el rostro es el espejo del alma, con no menos fundamento puede decirse que el andar en general y los pies en particular, son los delatores de nuestro modo de ser psíquico. Fíjese el lector en sí mismo y en cuantos tenga al alcance de su mirada, observe sólo un instante el modo como sientan el pie, la posición que le dan, los remilgos que usan al hacerlo. etc., etc., y en el acto quedará convencido de que hay tantos modos de andar como persona, bien que las variantes puedan agruparse por series ó clases que respondan siempre á un tipo fijo. De esto á crear un metro no habrá más que un paso; y del método á la regla inmutable, á la ley, pudiéramos decir, á

que obedezca cada serie, no habrá más que la necesaria paciencia para recoger datos, contrastarlos en debida forma y concluir por fin promulgando lo que la experiencia enseña.

Esto, y no otra cosa, es lo que hemos hecho y venimos haciendo nosotros. Observamos esa infinita variedad en los andares de que hablamos hace poco; notamos que podían agruparse y clasificarse; advertimos que cada grupo respondía á una tendencia particular, y acabamos por convencernos de que si en el rostro se puede fingir, no se finge en los pies, y en virtud de ello, que las reglas de la Pedeteromancia, con menos observación que las Fihognomía, podrían dar más óptimos frutos. A nosotros nos los han dado, no obstante llevar muy poco tiempo en el estudio; á otros más aptos que nosotros, y sobre todo, mejor observadores, se los han dado también: ¿qué mucho, pues, que nos atrevamos á preconizar como ciencia lo que tan buenos auspicios se inaugura?

A poco que uno se detenga á reflexionar puede comprender por qué los pies no fingen como el rostro y por qué reflejan el estado de nuestra alma. Cuanto á lo primero, ¿quién se

preocupa en andar en ésta ó la otra forma con el propósito de ocultar su egoísmo, su arteria, su ruindad ó su instinto de hiena? Absolutamente nadie: Se ocupará la pollita que busque novio en el pisaverde que desea interesar, en que sus pasos sean menuditos, acompañados, ligeros... precisamente lo que descubrirá su flaco; pero no se preocuparán en ocultar en los pies eso mismo que desean, tanto por suponer que ellos bien oculto lo tienen, cuanto porque, de hacerlo... ¡adiós aspiración, adiós donaire, adiós gracia! En una palabra: los pies reflejarán siempre nuestro estado psíquico, ó no reflejarán nada.

Y reflejarán siempre nuestro estado psíquico, porque cada tendencia, cada aptitud, cada aspiración, cada hábito, etc., tiene su movimiento fisiológico y su mímica especial, y estos, mímica y movimiento, son independientes de la voluntad, de la educación, y hasta del medio; son hechos puramente automáticos, son fatales, como la trayectoria que ha de recorrer la bala que sale de las entrañas de un cañón. Observad al hombre preocupado, y si anda, le veréis como tambalearse, y si está á pie quieto, le veréis con los pies unijustos

en toda su longitud; observad al hombre resuelto, y si está de pie firme, veréis que sus plantas, aunque algo separadas, están más unidas de los talones que de los dedos; y si anda, notaréis que su paso es firme, enérgico y sin ninguna desviación. Es la misma mímica de la Frenología llevada á los pies: el irresoluto lleva sus manos á las orejas, á los lados, va tambaleándose; el enérgico revela su energía en la coronación del cráneo, anda con paso firme, sin ninguna desviación. Esto, lo repetimos, es congénito en el ser y se produce automáticamente: luego no hay que temer al sofisma, sino á la falta de observación.

Las reglas que por nuestra parte hemos deducido del estudio que llevamos hecho, no diremos, ni mucho menos, que sean concretas y absolutas; pero sí diremos que contrastadas en lo posible, jamás nos han dejado defraudados. Helas aquí.

Pisar más con la punta que con el talón del pie, y hacerlo de una manera vertiginosa, carácter sulfuroso, irascible, más forma que no fondo, poca firmeza en las resoluciones y poco asiento en los juicios. Ese mismo pisar, pero con andar más lento, casi casi patoso,

condición felina, hipocresía, ruindad y agudeza ratonil.

Pisar más con el talón que con la punta del pie, inteligencia poco cultivada, hombría de bien, y rudeza franca, tanto si el andar es lento como si es acelerado.

Pisar de manera que formen los pies dos diagonales invertidas teniendo por vértice de ellas, los talones, y hacerlo de una manera



sosegada y firme, espíritu y sereno, natural tranquilo, inteligencia despejada; ese mismo pisar, pero dejando de ser sosegado para ser cacha-

zudo ó patoso, cálculo, avaricia encubierta, nulidad intelectual para todo lo que no se relacione con el número; la misma posición en los pies, pero con andar algo más vertiginoso, actividad, lealtad, nobleza de intenciones, inteligencia lúcida y hasta superior, según los principios que haya recibido.

Pisar dando á los pies posición inversa á la anterior, esto es, que el vértice de las diag-



nales se forme con los dedos, es signo en general de astucia, arteria, aviesas intenciones y dureza de corazón. Si á esta forma de colocar los

pies se añade un pisar fuerte, revela un genio insoportable, una altanera desmedida; si el pisar es flojo, hipocresía, zalamería; si es lento, premeditación, alevosía; si es patoso, encanallamiento; si es rápido, amante de las sorpresas.

El pisar recto, esto es, si forman los pies casi casi dos líneas paralelas, denotan un espíritu amante de la justicia



tanto más ámplio cuanto más equidistantes sean las pisadas; pero si esas líneas llegan á tocarse ó poco menos, se convierte la justi-

cia en egoísmo, en avaricia, en mezquindad, anhelando tanto el bienestar propio como escatimando el bienestar ajeno.

El hombre relativamente feliz, pisa abriendo las puntas de los pies, anda sosegadamente y da á todo su cuerpo el aplomo que le produce su satisfacción. El avaro encubierto pisa

del mismo modo, pero con andar patoso, y á cada paso, dóblanse un poco sus rodillas, imprimiendo al cuerpo un movimiento de va-y-ven lateral. El pisaverde, asienta más la punta que el talón, da á los pasos un sello de coquetería particular, y forma con su cuerpo un medio punto poco pronunciado. El lascivo trenza los pies, anda entre patoso y sosegado é imprime á todo su cuerpo el movimiento de un cuarto de vuelta lateral. El filósofo y el científico colocan los pies rectos, andan despacio deteniendo poco á poco la velocidad y parándose de tanto en tanto, é imprimen á su busto el sello de su preocupación mental, haciendo que la cabeza se incline un poco sobre el pecho. Los enamorados tienen el andar generalmente ligero y un si no es trenzado, detienen de súbito su marcha para emprenderla incontinenti, y reflejan en su cuerpo la misma perplegidad que en sus pies y en su cabeza. Los que sufren alguna pena fuerte lo revelan con su andar lento y llevando los pies poco menos que á la rastra, abatimiento que traslucen también en todo el porte. Y los petulantes, finalmente, se distinguen por su andar trenzado de dentro á fuera, su pisar resuelto



aunque con coquetería, y el aspecto de suficiencia que dan á todo su sér.

En las damas rigen las mismas reglas generales que en los caballeros; pero se distinguen en ellas muy particularmente la coquetería, la suficiencia y la fatuidad.

La coquetería se trasluce en el andar vertiginoso y trezado al par que suave, que imprime al busto el mismo movimiento y hace que la boca y los ojos, correspondiendo con los pies, esté entreabierta por la sonrisa y lancen miradas lánguidas ó centelleantes según los casos.

La suficiencia se ve en la mujer que pisa reposado, sin trenzar, sin dar al busto movimiento alguno á derecha é izquierda y sin erigir la cabeza de una manera altanera.

Y la fatuidad, finalmente, la pregonan todas aquellas que pisan con la punta de los pies, andan como á saltos y dan pasitos cortos y mirando mucho donde han de pisar. Tales refinamientos imprimen á su busto un sello de pulcritud excesiva, que hace que se cantoneen, que su cabeza, en tensión violenta, retrate cierto desdén, y que su boca y su mirada se replieguen con cierto signo de seriedad y con cierta fijeza que trastorna.

Estas son las reglas generales que hemos podido deducir de nuestra observación, y que, lo repetimos, nunca han defraudado nuestros vaticinios al contrastarlos con la realidad.

CAPITULO III

Psiquismo transcendental

Comprende el Psiquismo transcendental todas las manifestaciones del alma en esos estados en que, apartándose de lo que llamamos normalidad, nos ofrece pruebas inconcusas de su poder de irradiación, de su lucidez, de su penetrabilidad, de su perceptividad etc. Tales estados se llaman sugestión, fascinación, hipnotismo y magnetismo, de los que pasamos á ocuparnos por separado.

I

Sugestión

La sugestión es un estado en el que el alma se halla permanentemente; pero la sugestión de que vamos á tratar, es lo anormal del susodicho estado.

Empezaremos por demostrar qué es la sugestión y su normalidad.

Sugerir es inculcar en otro una idea, sea ésta del orden que fuere; y sugestión es el estado en que se tiene por cierta la idea sugerida, y se la preconiza como tal.

No necesitamos de más explicaciones para demostrar palmariamente la realidad de la sugestión normal.

Nace el niño, y lo primero que hacen sus padres, es sugerirles la idea de su paternidad, luego la de las cosas que le rodean, y más tarde la de sus deberes infantiles. Crece, va al colegio, y el profesor le sugiere la idea de las letras, la del silabeo, la de la lectura, escritura, gramática, aritmética, geografía, historia, etc. etc. Crece más, y sus amigos de una parte, la elegida de su corazón de otra, y cuantos con él entran en comercio, en suma, le sugieren constantemente ideas nuevas, que prenderán ó no prenderán en él, esto es, que las creará ó no las creará, dependiendo de ello el que quede ó no sugestionado y el que quede sugestionado en más ó en menos; pero al fin y al cabo, el mecanismo de la sugestión es ese, y consecuentemente, la sugestión es

el estado permanente del alma, como decimos al principio.

Pero,—digámoslo también,—esta es la sugestión normal, la que puede hasta calcarse en el juicio y en el raciocinio, y la que, basándose en las ideas sugeridas y admitidas como ciertas, puede remontarse al ideal inductivamente y descender hasta lo nimio deductivamente.

La sugestión anormal objeto de estos párrafos, es la que viola toda idea sugerida y admirada como buena y cierta y crea un medio ficticio y un estado extra normal en el sugeto sugestible. El mecanismo de ella es enteramente igual al de la otra; solo los resultados son diferentes.

Para poder producir la sugestión mental en condiciones extra-normales, es preciso tener ascendiente sobre el sugeto sugestible, y consecuentemente, es preciso que este sugeto abdique de su libertad voluntaria é impositivamente. Entonces se presenta en él lo que recibe el nombre de estado de endibilidad, esto es, pasividad propia en el juicio, en el raciocinio y en la volición, y asentimiento total á las ideas que le sugieran; y tras este estado, viene el de sugestión total, que es la credibi-

lidad ciega y absoluta en cuanto el sugestionador le indique.

Para ello se empieza por decir al sugeto sugestible, por ejemplo, que se avecina una tormenta, que se ve á lo lejos fulgurar el relámpago, que se oye retumbar el trueno, que la tempestad avanza, que ya llueve, que ya graniza, que ya se está calando, que un trueno le ha dejado sordo, que un relámpago le ha fascinado, etc. etc., cuidando de no pasar de una sugestión á otra hasta que la primera haya prendido bien ó hasta que esté del todo sugestionado; y en virtud de este proceso involutivo, se ve al sugeto presentar todas las fases alternas que se le indican y llegar á la certeza plena de que, con efecto, le acontece todo aquello que le estáis diciendo.

Este estado tiene una particularidad é importancia muy notoria, y consiste en que todo lo que en estado de vigilia ó sugestión normal no prende ó prende con dificultad, entonces se adapta con facilidad extrema. A un borracho, por ejemplo, difícilmente le haréis aborrecer el vino en el estado normal, pero en el de sugestión lo aborrecerá incontinentemente; á un estudiante de inteligencia romana le podréis hacer entender un problema dado en el

estado normal, pero os lo entenderá perfectamente en el anormal, etc.; y si á esto agregamos que la sugestión puede hacerse aún para después de salir del estado anormal, esto es, para cuando vuelva á pensar y querer por sí, se comprenderá la importancia de la sugestión bien aplicada.

Nos daremos idea de la razón de ser del fenómeno anímico que describimos, á poco que paremos mientes en lo que acontece con la sugestión normal. Ya hemos dicho que era idéntico el mecanismo de una y otra. Pues bien: ¿qué motivos tiene el niño para creer que su padre es Juan y no Pedro? ¿Qué motivos para afirmar que la A no es la J ó vice-versa? ¿Qué motivos para saber que el nombre no es el verbo, ni éste el adverbio? Sencillamente el que ha hecho germinar en su alma la sugestión. Ya podéis decirle, cuando esté bien sugestionado, que su padre no es Juan, sino Andrés; que la A, no es la A, sino la X; que el verbo no es el verbo sino el pronombre: vuestras palabras se estrellarán ante la convicción que ha adquirido de la realidad de lo que le neguéis, y para sacarle de esa convicción, será preciso que empecéis á sugerirle de nuevo, colocándole previamente en

el estado de credibilidad en que se hallaba al empezarse la sugestión normal.

He aquí pintivazado lo que acontece en los fenómenos que nos ocupan: por esto es condición previa en ellos el estado de credibilidad.

Lo que acabamos de decir del sugestionador y del sugestionado, es aplicable al sugestionado solamente; ó más claro, que puede uno sugestionarse á sí mismo, y nos sugestionamos con mucha más frecuencia que no creemos. Por ejemplo: pensamos en la realización de un plan, le vamos siguiendo fase á fase, y llegamos hasta el momento de darlo por concluído, adquiriendo todo ello tales caracteres de certeza para nosotros mismos, que pudiéramos decir que lo vemos, lo palpamos y hasta usufructuamos de él. Pues esto es un fenómeno de sugestión propia, que toma el nombre de autosugestión. Otras veces no es tan halagüeño el motivo de nuestras sugestiones ó autosugestiones, sino que pensamos en la pérdida de un sér querido, en males que pueden sobrevenirnos, en calumnias ó persecuciones de que podemos ser víctimas, etc., y estas autosugestiones son tan funestas que pueden concluir por ser una monordea, una

monomanía y aun una locura furiosa. Seguramente las vesanias no son otra cosa.

Hay, pues, que ponerse muy en guardia contra las sugerencias y las autosugerencias, con tanto más motivo cuanto es difícilísimo de apreciar dónde termina la sugestión normal y dónde empieza lo anormal.

II

Fascinación

La fascinación es otro aspecto de la sugestión; pero los resultados son los mismos.

Para sugestionar es indispensable utilizar el lenguaje oral ó escrito, preferentemente el primero; para fascinar es necesario impresionar la mirada de una manera brusca, centelleante y fugaz ó sostenida, según los casos.

Se ha dicho, y con razón, que la mirada lo expresa todo: luego por la mirada puédense expresar las ideas en que se funda la sugestión, luego por la mirada se podrá sugestionar. Esta es una deducción lógica que no tiene réplica si se da por buena la primera premisa. Y hay que darla, porque así lo atestigua la experiencia, no de la fascinación en

si, sino del comercio ordinario. Preguntémosle á un enamorado si entiende lo que le dice su amada con los ojos; preguntémosle á una madre si entiende por la mirada el malestar que aqueja á su hijo; preguntémonos á nosotros mismos si no somos capaces de reflejar con la vista el amor, el odio, el desinterés, el cariño, la astucia ó la avaricia, y si no entenderemos en otros esas mismas manifestaciones. Luego la conclusión es exacta.

Pero aquí hay que estudiar un problema. Se comprende que la sugestión repetida inculque una idea que acabe por formar estado; no se comprende de primera intención que la mirada llegue á los mismos efectos. ¿Cuál, pues, puede ser el proceso involutivo que siga?

Notemos una cosa: el efecto que en nosotros produce toda mirada. Al parecer, nada material nos envía el que nos mira con odio, con amor, con interés, con imperio, etc., y sin embargo, sentimos horripilación; terror, bienestar, atracción, sumisión, respeto, cólera, indiferencia y otros mil estados de ánimo, según la mirada, que se inician en nosotros por una involuntaria conmoción y que terminan con otra conmoción semejante. «Esa mi-

rada me ha impresionado, ó esa mirada me ha atacado los nervios» —decimos, y decimos una gran verdad; pero ¿por qué nos ha impresionado, por qué nos ha atacado los nervios? Sencillamente porque en ella nos ha sido trasmitida una fuerza que nos ha puesto en conmoción; sencillamente porque esa fuerza, vigorosamente activa, ha hecho que nuestro sensorio vibrara más rápida ó más lentamente que lo que le es normal. Y aquí, aunque sea de pasada ó como paréntesis, bueno será que nos demos cuenta del modo como actúan en nosotros todas las impresiones externas.

Sabido es que el hombre goza de cinco sentidos, por los que percibe todas las sensaciones externas y exterioriza los sentimientos propios. Por los ojos ve los objetos, por los oídos oye los sonidos, por la nariz olfatea los olores, por la boca habla y gusta las sustancias y por las manos, los pies y todo su organismo, palpa los objetos. Pero es preciso que ahondemos más la cuestión y veamos como se ve, se oye, se habla, se gusta, se olfatea y se palpa. Se refiere á los ojos, la boca, la nariz, etc., los fenómenos perceptivos de que hemos hecho mención, no porque ellos vean, hablen

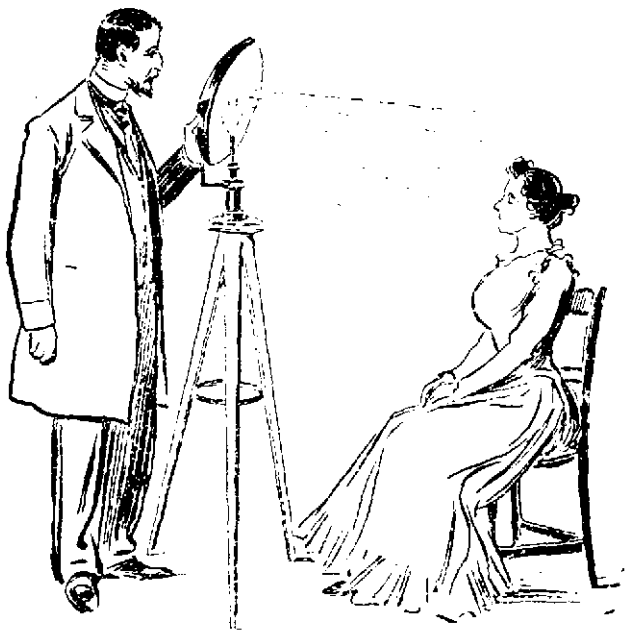
ni olfateen, sino porque en ellos radican los nervios encargados de conducir al sensorio común, que es el cerebro, las respectivas impresiones; de tal manera, que si por un medio cualquiera pudiéramos impresionar al encéfalo en su parte correspondiente con las vibraciones visuales, sonoras, odoríferas, etc., sobrarían aquellos órganos. Por añadidura hay que tener en cuenta que el objeto visto, como el sonido oído y el sabor gustado, no afectan á los ojos, á los oídos ni al paladar de un modo particular y privativo de la sensación respectiva, sino del modo general ó común á todas las sensaciones, que es la vibración, bien que cada gusto, cada sonido y cada visión en sí, tenga distinto número de vibraciones; ó de otro modo dicho: todas las impresiones que le llegan al encéfalo ó sensorio común son como las del tacto, que podrán variar en cuanto al ritmo ó sensación de la impresión, como cuando tocamos un pedazo de hielo ó una brasa de carbón, pero no en cuanto á la naturaleza, puesto que todas ellas proceden del contacto nuestro con el objeto tocado. Así, pues, ver, oír, oler, hablar, gustar y palpar, son efecto de sensaciones, efectos de modos vibratorios, ni más ni menos que los diferen-

tes tonos que da la cuerda de una guitarra según el traste en que se pise, aun cuando la impulsión dada á la cuerda sea la misma para todos los tonos.

Esto sabido, podemos explicarnos los efectos de la mirada que antes se nos presentaban tan oscuros; y podemos explicárnoslos, porque quedan reducidos á una mayor ó menor impulsión dada á nuestro sistema nervioso. á una sacudida, digámoslo así, producida por la fuerza impulsiva de nuestra voluntad, ó de la voluntad extraña, reflejada por mediación de los órganos de la vista, como otra sacudida de idéntico origen es la que refleja nuestra voz en un reproche, nuestra mano en un golpe ó en un empujón y nuestro paladar en un asco. Y claro está como la luz del día que si esa sacudida nos afecta de un modo activo, ese modo ha de producirnos un estado de conciencia en consonancia; si nos afecta de un modo pasivo, pasivo será también el estado que nos produzca, y así sucesivamente con todos los demás; de lo que habremos de concluir que el estado psíquico en que nos revelamos, estará siempre en consonancia con el

medio que nos rodee, provocado por sugestión ó proporcionado por autosugestión.

Pues bien; si la mirada es un modo manifestativo como otro cualquiera y si sus efectos pueden ser y son tan radicales como los de la voz, ni que decir tiene que todo lo que hemos dicho en el precedente párrafo es aplicable al presente, y que su sugestión y fasci-



nación, en cuanto al fondo son una misma cosa.

Aparte de la mirada, utilizase también como agente fascinador cualquier objeto brillante. Se explica que así sea. La luz es la fuerza vibratoria que se comunica al encéfalo por el nervio óptico; toda luz puede descomponerse en primas ó haces de mayor ó menor vibración, según el objeto que les sirva de interferencia: luego el resultado será en todos los casos el mismo que hemos deducido para los efectos de la mirada.

Como conclusión debemos estampar que hay también autofascinación como hay autosugestión, y que, semejante á ésta, aquélla es la que á sí mismo se produce el individuo, mirando á un objeto preparado ad hoc, por ejemplo, el espejo mágico, ó mirando indiferentemente á cualquiera objeto.

III

Hipnotismo

Si la fascinación es una fase de la sugestión, el hipnotismo es lo trascendental de entre ambas.

Cuando ya se ha traspasado los límites de la credibilidad y de la sugestión, se entra en un período de somnolencia que en progresión ascendiente llega al del sonambulismo lúcido, y los fenómenos que presenta el sujeto en tal estado son tan varios y ricos, que reservamos el capítulo siguiente para describirlos.

Aquí, empero, debemos decir y decimos que el estado hipnótico es frecuentemente confundido con su similar el magnético, de que nos ocuparemos luego; y que para que nuestros lectores no incurran en el mismo lapsus, bueno será que se fijen y atengan á las diferenciaciones siguientes.

El hipnotismo, resultante trascendente de la sugestión, se origina, como ésta, inmigiendo al sugeto en los estados profundos mediante un flujo continuo de ideas; estas ideas, como emanadas del hipnotizador y reflejadas por el sugeto, reflejan siempre la voluntad del primero, á no ser que el segundo haya llegado al sonambulismo lúcido, en cuyo caso se habrá independenciado de aquél, de su tutor, de su egida, para obrar por cuenta propia; y en este caso, de bastante peligro por cierto, el sugeto adquiere facultades tan extraordinarias, que no se conciben ni se aprecian en

lo normal. Vuelto el sujeto hipnótico al estado de vigilia, puede recordar ó no la sugestión, según se le haya impuesto, y puede continuar sugestionando de hecho, aunque en apariencia no lo esté. Finalmente, todo sujeto hipnótico, como todo sujeto fascinado, acusa debilidad velitiva y puede acarrearle perturbación nerviosa de suma gravedad, sino es parco, comedido y sobretodo escrupuloso con quien le hipnotice.

IV

Magnetismo

El magnetismo, aunque semejante al hipnotismo en los fenómenos menos transcendentales é idéntico en los transcendentales, se diferencia del último radicalmente, tanto en el *modus operandi*, cuanto en la fuente de los hechos que representa.

Como la fascinación se provoca por la mirada y por el uso de algún objeto brillante, así la magnetización se provoca por los pases y por el uso de los imanes.



Se da el nombre de pases á la imposición de manos sobre la cabeza del sujeto y á las corrientes flúidicas que se le dan de la cabeza á los pies ó á los brazos y manos, llevando

el magnetizador las manos extendidas con las puntas de los dedos un poco inclinadas hacia abajo. Pases transversales son los que se dan llevando el magnetizador las manos totalmente extendidas y dando las corrientes transversales, como indica la palabra: estos pases se emplean para desvirtuar todo lo hecho con los pases longitudinales.

La teoría de los pases se basa en la certeza que se tiene de que del hombre irradia una fuerza—la fuerza neúrica—que obra sobre la homogénea del sujeto y produce la aceleración ó debilidad en el ritmo de que nos ocupamos al tratar de la fascinación; se aplican las manos porque hay motivos fundadísimos para admitir que los puntos por donde más generalmente se escapa son las palmas de las manos y las puntas de los dedos. También se emplean los soplos cálidos ó suaves y fríos ó fuertes, con el mismo fin y por idénticos motivos.

El imán es una barra de hierro imantado y se usa por haberse reconocido que el polo positivo (+) surte los mismos efectos magnetizadores que el soplo caliente y los pases longitudinales, y el polo negativo, los del soplo frío y los pases transversales.

Ya cuando un magnetizador se pone á operar sobre un sujeto, su intención no ha de ser otra que la de magnetizarle; y cuando quiera que termine aquel estado, su voluntad ha de puntualizarla también del mismo modo. Esto nos dice, por consecuencia, que no mediando para nada la voluntad del magnetizador en toda la serie de fenómenos que produzca el sujeto durante el período de su magnetización, estos fenómenos han de ser libres, espontáneos y privativos de la facultad del que los provoca, y por consecuencia los más preciados entre todos los de las series que estudia el psiquismo, y esto nos dice también las notorias diferencias que existen entre el magnetismo y el hipnotismo propiamente dicho, aun cuando los fenómenos ofrezcan bastante semejanza.

IV

Magia práctica, deducida del psiquismo

Las cuatro modalidades psíquicas que acabamos de describir, comprenden sin exclusión de uno solo todos los fenómenos que más

abajo detallaremos: pero antes de pasar á la exposici6n panorámica de los tales, un deber de conciencia nos obliga á prevenir algunas cosas.

Ya en otro lugar hemos dicho que la Magia, ó sea la sabiduría es una espada de doble filo que hiere por igual al que la maneja que al que recibe sus golpes; por lo tanto es preciso manejarla con conocimiento de causa y con cautela.

Nadie nos calificará de ligeros y mucho menos de impertinentes, si una y otra vez insistimos en lo mismo. Hemos descornado y estamos descornado el velo que ocultaba lo que hasta el presente era insondable; hemos puesto y estamos poniendo en manos del vulgo fuerzas incontrastables y ocultas hasta la fecha. Hemos dado y estamos dando nociones de Magia transcendental y práctica que puede trocarse en Goccia con sólo la voluntad del operante: ¿qué mucho, pues, que no nos cansemos de repetir la voz de alerta?

Un reputado mago de nuestros tiempos, el coronel conde de Rochas, imprimió años atrás su obra «Las fuerzas no definidas» y de élla sólo hizo una tirada exigua, la indispensable para repartir los ejemplares como pan bendi-

to entre las Academias y los Académicos de más nota. ¿Por qué razón? El lo dijo: porque se exponían en tal obra ideas y conocimientos que si llegaban á ser del dominio de las gentes, podían utilizarlas los poco escrupulosos de conciencia y producir males sin cuento á la sociedad.

La precaución de De Rocha era muy justa y legítima en su tiempo; no lo es ya hoy, por cuanto los conocimientos psíquicos se han extendido lo bastante para que aquella resulte inútil. En cambio al presente se impone la contraria. Puesto que el psiquismo se ha divulgado lo bastante para que los truhanes puedan convertirlo en su arma de ataque favorita, divúlguese lo suficientemente más para que las gentes honradas puedan utilizarlo, como arma de combate y como arma preventiva.

Esto es lo que por nuestra parte nos proponemos, y con tal fin escribimos las presentes páginas.

Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: toda ciencia es buena cuando va encaminada á buen fin y es guiada por espíritu de justicia; pero toda ciencia es mala, malísima, cuando se utiliza por protervos fi-

nes. La sociedad en pleno descansa en la confianza que mutuamente se tienen los individuos; esta confianza se cimenta en el deber cumplido de cada uno y en celo de todos por el bienestar común; este celo es tanto más intenso y extenso cuanto mejor se conocen todos los resortes psíquicos de la voluntad, que utilizados por unos é ignorado por otros, pudieran dar de sí funestas consecuencias.

Y esto dicho, pasamos adelante.

V

Letargia

Uno de los primeros fenómenos que se presentan en hipnotismo y magnetismo, es el de la letargia. Consiste ésta en la insensibilidad que permite taladrar las carnes con una aguja ó cauterizarlas con un hierro candente sin la menor sensación dolorosa para el sujeto.



Refieren los autores que tratan de este fenómeno cosas verdaderamente estupendas, entre ellas la de que es posible traspasar de parte á parte al sujeto con una espada ú otro instrumento cualquiera, sin que se logre ver brotar una gota de sangre por la herida ni

que el paciente lance un ay. Por nuestra parte hemos visto atravesar el brazo y mano con una aguja de las que emplean los alpargateros, y el resultado ha sido el que se indica más arriba.

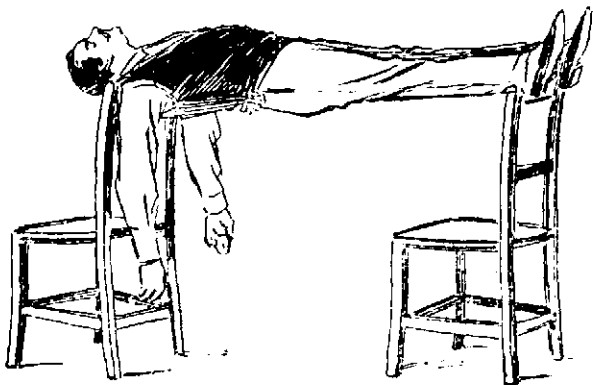
Tal anestesia tiene su contraria en la hiporestesia, que es otro de los fenómenos que están en la base del magnetismo y del hipnotismo, y consiste en producir heridas, hemorragias, tatuajes, etc., sin tocar para nada el sujeto, esto es, con solo el efecto de la voluntad. Véase un caso que relata el Dr. Berjón.

«... Otro día, después de dormirle, trazó uno de los profesores su nombre con un estilete romo sobre los dos antebrazos diciéndole: «Esta noche, á las cuatro, te quedarás dormido y sangrarás por las líneas que acabo de trazar en tus brazos.» Al llegar la hora el sujeto se durmió; los caracteres trazados sobre la piel aparecieron de relieve de color rojo vivo, y se presentaron muchas gotas de sangre marcando el trazado «*Le grande hysteric chez l' homme*»

Por el estilo podríamos citar mil ejemplos diferentes, podríamos hacer un libro de muchos tomos. como hay otros; pero nuestro objeto se limita á dar testimonio de cada uno de

los fenómenos conocidos, y por lo tanto, basta lo transcrito.

Cuanto al *modus operanti*, en éste, como en todos los hechos sucesivos, el mecanismo no es otro que el ya descrito en los párrafos correspondientes á la sugestión, fascinación, hipnotismo y magnetismo que comprende el capítulo anterior, y hácia los cuales invitamos al lector á que vuelva la vista.



II

Catalepsia

La catalepsia, como la letargía, puede ser parcial ó total; la de nuestro grabado es to-

tal. En ambos casos la parte afecta adquiere la rigidez y resistencia del acero; puede darse al órgano ó al cuerpo la posición más violenta y anormal imaginable sin temor á que la viole, y permanece el sujeto en ella hasta tanto que por voluntad expresa del magnetizador ó hipnotizador se muda la decoración.

Inútil parece agregar que la insensibilidad es también peculiar en este estado, pues de otro modo no se concebirían las violencias de que acabamos de hacer mérito, sin que, en el caso de nuestro grabado, sea posible cargar al sujeto con pesos enormes colocados sobre su abdómen ó sobre sus músculos sin temor alguno á que el se queje ni se doblegue.

Otra de las curiosidades que presenta este fenómeno, es la de que puede colocarse al sujeto en hemi catalepsia (como puede colocarse también en hemi letargía y en sugestión y fascinación bilateral, y en estos casos, uno de los lados está letárgico ó insensible y el otro no, por uno de los lados puede reflejar el sujeto la alegría y por otro la tristeza, puede ser osado y valiente del lado derecho y medroso y encororado del izquierdo, etc. etc.

Tanto para la letargía como para la catalepsia no precisa que el sujeto esté inmerso

en los grados profundos de la hipnosis; hasta puede estar despierto y darse cuenta de lo que le acontece. No sucede lo propio si el fenómeno se ha producido por magnetismo, pues en éste, todas las manifestaciones han de estar precedidas del sueño más ó menos profundo.

III

Sonambulismo

Con el sonambulismo empieza la serie de fenómenos hipnóticos en que el sujeto no se da cuenta de lo que realiza. En realidad este estado no es peculiar á ningún fenómeno de los que subsiguen y lo es á todos; ni tampoco puede decirse á qué grado de sonambulismo corresponde éste ó aquel hecho. Lo único que sí se puede consignar es que en determinado grado se presenta la lucidez y el éxtasis religioso, casos ambos que nada tienen de absoluto, pues que el primero abarca numerosas fases y el segundo es tan intenso cuanto lo desee el hipnotizador.

IV

Desdoblamiento de la personalidad

Sin el desdoblamiento de la personalidad no podrían explicarse el cúmulo de fenómenos que precisamente tienen su esfera de acción más allá de los límites del sujeto.



Nuestro grabado representa el desdoblamiento
Magia Blanca Moderna

to de la personalidad tal como lo han descrito los videntes y tal como puede aceptarse después de los recientes experimentos fotográficos. Se ve en él al sujeto tendido en el suelo y emanar de su epigastrio una forma fluidica, vaporosa, que es lo que los ocultistas llaman el astral y lo que indudablemente constituye el agente de la sensibilidad y de la perceptividad más allá del sistema nervioso.

Los videntes están contestes en la afirmación de que ese doble que se exterioriza en forma de torbellinos, ocupa en lo normal, una distancia más ó menos alejada del organismo físico, aparentando radiaciones; y en lo anormal, va allí donde quiere ir en los grados más profundos de la hipnosis ó sea el sonambulismo lúcido, y allí donde el hipnotizador lo dirige cuando no se ha llegado á tal estado.

Esta aseveración se puede tener por cierta, en lo normal, por las experiencias radiográficas de que más arriba hemos hecho mención, y en lo anormal, por los fenómenos experimentados que luego iremos exponiendo. Por otra parte, sólo siendo verdad lo que los videntes dicen se explican las simpatías ó antipatías que nos despiertan las personas á quienes vemos por primera vez, simpatías ó

antipatías invencibles, aparentemente injustificadas, locas, puesto que no se basan ni en la hermosura ni en el saber, ni en el favor recibido, ni en nada; pero cuerdas y muy cuerdas, justificadas y muy justificadas si admitimos esa exteriorización, ese desdoblamiento, y lo entrelazamos con la teoría de las vibraciones de que dimos testimonio en otro lugar.

Sea ó no así, ello es que sin el previo desdoblamiento de la personalidad no caben muchos fenómenos, entre los cuales podemos consignar los registrados en la historia con la ubicuidad de Jesús, San Antonio de Padua, San Francisco de Asis, y otros, amén de los profanos de Apolonio de Tiana, Torralba, Suedemborg, etc.

V

Acción de los medicamentos á distancia

Los Doctores Bourro y Burot, haciendo ensayos de metaloterapia en las histero-epilépticas, observaron que el oro se mostraba en

ellas más enérgico que ningún otro metal y les producía una sensación de quemadura intolerable, no ya cuando se lo ponían en contacto con la piel, sino hasta cuando se lo aproximaban á la distancia de 10 á 15 centímetros, aun teniéndolo el médico oculto en su mano cerrada. También notaron que la esfera de un termómetro de mercurio les producía la misma sensación, aunque menos violenta, si bien iba acompañada de convulsiones y contracción del nervio afectado. Estos hechos les inspiraron la idea de ensayar los compuestos metálicos, y vieron que los tales go-



zaban de un poder muy semejante al de los metales mismos, con la particularidad de que se manifestaba con cierta energía su acción medicamentosa y fisiológica. Puestos en el camino de los ensayos prosiguieron su curso, y pudieron advertir que el ioduro potásico les producía bostezos y estornudos, el opio les hacía dormir, el jaborandi les provocaba inmediatamente el sudor y la salivación, la valeriana les excitaba, y así sucesivamente con otras muchísimas substancias.

Comunicado el descubrimiento á las Academias de Medicina, ensayáronlo éstas y obtuvieron siempre idéntico resultado; y al estudiarse el psiquismo con la minuciosidad que hoy se estudia, se ha comprobado de igual suerte que en todo sujeto hipnotizado ó magnetizado surten los medicamentos á distancia los mismos efectos.

Hé aquí, pues, una serie de los fenómenos que no se explican, que no pueden explicarse sin la previa exteriorización ó desdoblamiento de la personalidad.

VI

**Exteriorización de la sensibilidad,
de la perceptividad y de la fuer-
za motriz.**

Estos son otro orden de fenómenos, para los cuales se impone también previamente el desdoblamiento de la personalidad.

Basándose en el hecho ya comprobado de que en determinados grados de la hipnosis los sujetos son insensibles en su organismo (anestesia) ó sumamente sensibles (hiperestesia), á voluntad del hipnotizador. De Rochas, Richet, y otros ensayaron la exteriorización de la sensibilidad, y sus ensayos les dieron los resultados más satisfactorios.

Rochas cortóle á un sujeto un mechón de cabellos de la nuca, y se los adaptó en idéntico sitio á un muñeco de cera que había formado para realizar el experimento. Sumido el sujeto en sueño hipnótico, arrastróle la sensibilidad del occipucio y se la refirió ó fijó en el muñeco de cera, entregando éste á un ayudante suyo y dándole la orden de que se fue-

ra á otra habitación, y pasado algún tiempo el que él quisiera, pero tomando nota del preciso momento, le arrancara el pelo al muñeco cuantas veces le acomodara. Salió el ayudante quedando Rochas con el sujeto y algunos otros experimentados, y después de algunos segundos, se despertó al sujeto. Empezaron una conversación indiferente todos los reunidos, cuando de pronto, estando hablando el sujeto, se interrumpió, lanzó un ¡ay! y llevóse la mano al vecipucio, lamentándose de que alguien le arrancara el cabello. Persuadióse de que nadie le había tocado y prosiguió la conversación para interrumpirla de nuevo otras tres veces con idéntica exclamación y por la misma causa, y más tarde, al comprobar la hora y los hechos se vió que todo coincidía exactamente con las manipulaciones del ayudante en cumplimiento de las órdenes recibidas.

Richet ha experimentado repetidas veces que los sujetos en estado de letargia que no sienten en sí, esto es, en su organismo, sienten fuera de sí, en una zona más ó menos equidistante de aquél. Para probarlo, ha pinchado y quemado varias veces las carnes de sus sujetos, sin que éstos dieran señales del

menor dolor; pero en cambio, al aplicar un fósforo encendido á una zona atmosférica que ha variado entre 20 centímetros y 5 metros, ó al pinchar con un alfiler en ella, los sujetos se han dolido del pinchazo ó la quemazón.

Otros experimentadores han referido la sensibilidad de tal ó cual miembro de su sujeto á un vaso de agua, que luego han hecho calentar ó congelar estando á grandes distancias;



y es lo notorio, que la temperatura que acusaba el agua calentándola ó enfriándola, la acusaba también el miembro con el cual la habían puesto en relación sensitiva.

Después de estos experimentos, imposible se hace negar que la exteriorización de la sensibilidad es un hecho.

Idénticamente acontece con la exteriorización de la perceptividad. No uno, sino muchos experimentadores han comprobado que en cierto grado del sonambulismo, el sujeto ve por el occipucio ó por las palmas de las manos, ó por los pies, ó por ninguno de los órganos materiales, sino fuera de sí y distancias inmensas. Estos fenómenos, según su clase, se subdividen en fenómenos clarividentes y clariauditivos. Janet cita un sujeto á quien le colocaba un reloj de doble tapa, cerrado, á tres metros de distancia y en línea horizontal con su occipucio, y que siempre, siempre le dijo con exactitud la hora que marcaba; Ochorowitz refiere que otro sujeto con quien él realizaba experimentos, vela á través de las paredes y á distancia de diez ó más kilómetros; se conocen multitud de las llamadas «sonámbulas» que ven lo que acontece y detallan lo que se habla á miles de leguas; (en

París había una que demostró la realidad de este hecho en cuatro veces distintas, refiriendo lo que sucedía en cierta casa de Guayacpul, república del Ecuador); y en nuestros días, los «leedores del pensamiento» se han popularizado tanto, que casi no hay nadie que no haya tenido ocasión de comprobar por sí mismo este hecho. Luego la exteriorización de la perceptividad no puede ponerse en duda.

Finalmente, y por lo que se refiere á la exteriorización de la motilidad, diremos que hay obras impresas consagradas por entero á describir esta clase de fenómenos, entre las que merece citarse, por ser, pudiéramos decir, un resumen de todas las demás la del conde De Rochas titulada «Exteriorización de la motilidad». En ella se ve que las primeras figuras científicas de nuestro siglo, Crookes, Wallace, Opon, David, Rochas, Iodko, etc., han estudiado con todo detenimiento la materia, y llegado, por la fuerza abrumadora del hecho, á la conclusión irrefragable de que de los sujetos se desprende una fuerza, la fuerza psíquica, la fuerza neúrica, la fuerza ódica, como quiera llamársele, que obra á grandes distancias y produce efectos sorprendentes. Croo-

kes comprobó con Eglington que la fuerza psíquica desprendida de éste contrarrestaba con creces en una balanza el peso de 42 kilogramos; Pelletier tenía un sujeto que elevaba, sin tocarlo, á una persona sentada en una silla; en nuestros días la Eusapia Paladino ha



realizado fenómenos de levitación verdaderamente estupendos; y si esto no bastara, registrando los archivos, así sagrados como profanos, los testimonios surgen á raudales.

Tenemos, por consecuencia, que la exteriorización de la motilidad es un hecho no menos contundente que el de la sensibilidad y el de la perceptividad.

VII

Pérdida de la memoria, de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto.

Curioso, y como curioso transcendental, es el hecho observado en todos los sujetos, que así como se les puede dar mayor agudeza perceptiva, así también se les puede aletargar ó anular los sentidos.

«Cuando despertéis —se le dice á un sujeto— olvidaréis en absoluto todo lo que ha pasado,» y acto seguido se le ordena despertar. No haya cuidado ninguno de que recuerde nada, absolutamente nada de lo que dos mi-

nutos antes estaba haciendo, aún cuando se incite su memoria apuntando los hechos ó relatándolos por entero. «Cuando despertéis habréis olvidado lo que acabo de deciros; pero tendréis muy presente que en tal día y á tal hora, haréis esto ó aquello» —se le dice á otro sujeto, y se le despierta. Vuelto al estado normal no recuerda sino que el día tantos, á cual hora, ha de ir á este ó aquel lugar para hacer lo que se le haya ordenado. «Cuando despertéis, se le dice á un tercero, os miraréis la mano, y al veros en el dedo mi sortija, no recordaréis que yo os la pongo ahora. Despertad.» —Y el sujeto despierta, y se ve la sortija, y queda perplejo no explicándose como haya llegado á su poder, y pide disculpas por aquella confianza que inconscientemente se ha tomado, etc., etc.

Igual que el recuerdo puede hacerse desaparecer la vista. Si á un sujeto le decís que al despertar no vea tal letra, tal cosa, tal hombre, etc., despertará y no lo verá, por más que os empeñéis en ello y se lo pongáis constantemente por delante. «No veréis á Fulano,» le habéis dicho, y el tal fulano se pone por delante del sujeto, llega hasta tropezar con él, y como si no: no lo ve.

El oído, el gusto, el olfato y el tacto sufren las mismas oblaciones que las que acabamos de consignar para la memoria y la vista, con la particularidad de que pueden pervertirse tanto estos sentidos, que se le da á oler al sujeto, por ejemplo, un brote de ruda diciéndole que es una violeta, y percibe el aroma de esta flor, se le da á gustar un pedazo de acíbar diciéndole que es un caramelo, y se relame saboreando su dulzura, se golpea en sus oídos una lata de petróleo ó cualquier otro objeto que produzca un ruido infernal diciéndole que es el acorde de una melodía ejecutada por nutrida orquesta, y es capaz de caer en éxtasis.

Y todo esto, como llevamos dicho, puede acontecer por igual en estado de vigilia que en el sonambólico, inmediatamente después de la crisis hipnótica que pasados algunos días ó meses. Ochorowitz realizó estas experiencias con inmejorable éxito, fijando un plazo de tres meses para la ejecución de sus órdenes.

Experimentadores hay que no admiten la perversión ni la anulación de los sentidos, sino que dicen que lo que se anula ó se pierde es la memoria de lo que se le ordena olvidar;

más claro: juzgan que todos los hechos pueden estimarse como fenómenos mneumónicos, y que borrándose la memoria de tal ó cual cosa, estas cosas no existen para ellos. Fúndanse en los casos de afasia bien conocidos en Medicina, y dicen que si el que ha olvidado, por ejemplo, el valor fonético de la J, no puede pronunciarla aunque la conozca, la vea y quiera pronunciarla, con igual motivo puede suponerse que los sujetos á quienes se les arrebató ó perturba la memoria de tal sér, de tal cosa, de tal sabor, etc., no lo verán, no lo conocerán, ó no lo paladearán.

No discutiremos el valor de semejante teoría porque no es ese nuestro objeto; pero si haremos constar que entre las afasias, sean del orden que fueren, y las perversiones ó anulaciones de que tratamos, hay la enorme diferencia que habrá podido advertir todo, el que haya leído los párrafos que preceden, y con particularidad los tres últimos.

VIII

Personalidades múltiples

El sujeto bajo la influencia del hipnotizador, es, según se ha podido deducir, materia ductil, blanda cera, que se adapta á cualquiera de las formas que se le dé.

«Sois, se le dice, un general,» y en el acto toma la apostura de un príncipe de la milicia, ordena y manda como tal y parece como si perdonara la vida á todos. «No sois un general, sino una monja, y os halláis en coro cantando maitines,» se le vuelve á decir, y apenas terminada la sugestión, le véis transfigurarse y empezar á recitar gangosamente los cánticos del breviario. «Os habéis equivocado—le decís por tercera vez;—no sois una monja, sino una mesalina,» y con igual presteza que en los casos anteriores, desnuda su rostro de mogigato en procaz y se entrega á los movimientos más lascivos y á las palabras más descocadas. Así le podéis hacer recorrer toda la escala social, desde la mendicidad á la opulencia; y podéis hacer más: podéis hacer que presente á la vez dos personalidades:

una monja y una prostituta, un millonario y un mendigo, un general y un rancharo, etc., por la misma razón que queda expuesta al tratar de la hemiplejía, de la homocatalepsia y del hennisonambulismo.

Pero lo más transcendental de las «personalidades múltiples» no estriba en los fenómenos que acabamos de narrar: estriba en la potestad que tiene el sujeto, llegado á cierto grado de la hipnosis, de retrotraer todos los actos de su vida. Se le dice: «vuelve á tu infancia, á cuando tenías 6 meses ó un año, y refleja luego todas las fases sucesivas de tu vida.» Y el sujeto se transforma en un mamón, llora, ríe, balbucea y babea como un bebé; va tomando consistencia en sus formas y empieza á silabear; habla con el candor y la inocencia de los tres á los seis años; asiste al colegio y da sus lecciones; se presenta púber; os manifiesta sus amoríos y sus calaveradas, y así sucesivamente, de fase en fase, de transformación en transformación, os pone ante los ojos todo lo que ha sido, sin ocultaros nada.

Algunos investigadores creen que esta que

pudiéramos llamar «vista panorámica del pasado,» puede extenderse á más allá de una existencia, y dicen que puesta en práctica la prueba, les ha dado el éxito apetecido. Nosotros no lo hemos experimentado ni lo experimentaremos, y consecuentemente, no podemos afirmarlo ni negarlo. Tememos mucho al salto, á la crisis que origina el cambio de una personalidad objetiva el fenómeno denominado, muerte, y no nos reconocemos con alientos bastantes para poderle salvar, ni consideramos que haya muchos, si por suerte hubiera alguno, que se hallen en condiciones de intentarlo. De aquí que reprobemos los ensayos que se hagan en tal sentido.

IX

Acción de la Magia á distancia y á plazo fijo

En párrafos anteriores, y especialmente cuando tratamos de la pérdida de la memoria, de la vista, etc., dijimos ya que podía imponérsele al sujeto para un plazo más ó me-

nos largo, la orden de que hiciese ésto ó aqué-
llo, en tal ó cual lugar. Semejante imposición
es ya un preliminar de la que aquí va á ocu-
parnos, pues se diferencia de ella solamente
en que la sugestión, como vimos, había de ser
verbal y de presencia, mientras que los fenó-
menos de que ahora nos ocuparemos, no pre-
cisa ni lo uno ni lo otro.

Cuando un hipnotizador ó magnetizador ha
dominado á un sujeto determinado número de
veces, establece con él cierta afinidad y do-
minio, que le permite, estando distanciado,
ejercer el mismo poder que si estuviera pre-
sente: le basta entonces el verbo de su volun-
tad transmitido mentalmente, para que el
sujeto sienta su influencia y le obedezca á
ciegas.

El primero, que sepamos, que ejerció este
poder, fué el Dr. Ochorowitz. Hipnotizaba á
una señora para curarle de cierta enferme-
dad, y no pudo un día ir á la hora de costum-
bre á darle las oportunas sugestionés. Yendo
visitar á otro enfermo, se le ocurrió por el
camino, dejar dormida á la primera y orde-
narle que durmiera tres horas, al cabo de las
cuales despertara, se vistiese y fuese á verle
á su consultorio, llevando consigo la receta

que le había hecho el día anterior. Tomó nota Ochorowitz de la hora en que había hecho la sugestión, las diez de la mañana, siguió su camino, y se retiró á su casa á las doce y media. A las dos llegaba á ella, su enferma con la receta en la mano, y le dijo que á eso de las diez se quedó plácidamente dormida estando leyendo una novela de Verne, que despertó á la una, y que sin saber por qué le dieron ganas de vestirse é irle á visitar llevando la receta que le hizo el día anterior, por si tenía de modificarla. Como se vé, la sugestión se cumplió en todas sus partes.

Después de este caso, Ochorowitz ha experimentado muchísimos más á distancias que han variado entre uno y seis kilómetros; y como Ochorowitz han hecho también sugestiónes á distancia y á plazo fijo Richet, Janet, Iodko, Rochas, etc. Es, pues, un hecho confirmado por innúmeras experiencias, el fenómeno psíquico que nos ocupa.

Aquí, y aunque sólo sea de pasada, recordaremos al lector que á los magos antiguos se les atribuía el poder de dominar á las gentes desde luengas distancias, y hacerles obrar á su antojo. ¡Imposible!—exclamaron los cépticos de la Enciclopedia.—¿Qué poder hay

que pueda obrar á distancia, sin objeto material que lo revele? ¡Véase si es imposible, y si hay un poder invisible que lo haga.

CAPITULO X

Espiritualismo y Espiritismo

Hace medio siglo apareció en América una nueva doctrina fundamentada en fenómenos insólitos, tales como movimiento y levitación desas, sillas y otros muebles, golpes, ruidos, barahundas, traslado de cosas, aparición de otras, etc., etc., sin causa conocida que pudiera producirlos. A la tal doctrina se la denominó «Espiritualismo» en el lugar de su cuna, porque así lo dedujeron de la causa formal que dijo que producía los fenómenos, y se la denominó «Espiritismo» en Europa, para diferenciarla del espiritualismo ya conocido. El génesis de las dos fué el siguiente:

Allá por Marzo de 1846, en la casa que un tal Vekman ocupaba en Hidesville, se dejaron oír estruendosos golpes, cuya causa nadie adivinaba. Tan persistentes y molestos fueron que, Vekman, se vió obligado á desalojar la vivienda, y desalojada estuvo por espacio de

seis meses. Transcurridos éstos, la familia del metodista John Fox pasó á ocuparla, y á los tres meses no cumplidos los ruidos se reprodujeron. Llegó el 31 de Marzo de 1848. La familia Fox, que no había podido dormir la noche anterior, se había retirado muy temprano, pero á poco de estar dormida, volvieron los ruidos á desvelarla. Entonces se les ocurrió á las hermanas Fox imitar los ruidos con el castañeteo de los dedos, y más tarde, proponer al golpeador misterioso que contase hasta cuatro, hasta ocho, hasta doce, etc. La proposición fué aceptada y cumplida. Mme. Fox, dijo á esto: «¿Quiere usted decirme la edad de mi hija Kate (Catalina)?» La respuesta, acorde, no se hizo esperar. «¿Quiere usted decirme los hijos que tengo?» volvió á preguntar la primera, y los golpes le contaron hasta siete, esto es, uno más de los que tenía, porque según aclaración, habían incluido en la cuenta el que se había muerto. «¿Sois un espíritu?—¿Sois un espíritu á quien se ha hecho mal?—¿Si hacemos venir á los vecinos, continuaréis respondiendo por golpes?»—preguntó aún Mme. Fox, y á todas estas preguntas recibió contestación afirmativa. Desde entonces los fenómenos se reprodujeron sin interrup-

ción y públicamente, y en 1854 pedían al Congreso 1500 ciudadanos que se nombrase una comisión encargada de estudiarlos. La petición fué desechada y la familia Fox y sus cofreres perseguidos; pero la batalla entre incrédulos y creyentes no pudo sofocarse, y desde el sabio hasta el ignorante intervinieron con ardor en ella. Mapes, profesor de Química de la Academia Nacional, y Edmons, jurisconsulto y expresidente del Senado, fueron los primeros apóstoles de la nueva doctrina. Después de esto, doctas Academias y sabios de primer orden, han comprobado y afirmado la realidad de los hechos,

En Europa no se sabe de un modo cierto dónde y cuándo hizo su aparición; pero sí se sabe que por los años 1852 y 53 era moda en la nación vecina «hacer girar las mesas,» y que desde 1857 en que se publicó la primera obra genuinamente espiritista (1), hasta la fecha, no han cesado las prensas de tal república, ni las de Inglaterra, Alemania, Bélgi-

(1) Esta obra fué «El Libro de los Espíritus,» por Allán Kardec; y el mismo autor publicó, en 1868, «El Génesis, los Milagros y las Profecías, en 1864, «El Cielo é Infierno» en 1861, «El Evangelio según el Espiritismo» en 1858, «El libro de los Médiums» y el primer número de la «Revue spirite,» que sigue todavía publicándose.

ca, Suiza, Holanda, Italia, etc., incluso las de España, de dar á luz numerosas obras y folletos (1).

Diferénciase el Espiritismo del Espiritualismo en que mientras el primero ha formado un cuerpo de doctrina completo, puesto que abarca á la ciencia, á la filosofía y á la moral, el segundo, ó sea el Espiritualismo, es indeterminado y solo tiene como base la existencia del espíritu y el reconocimiento de sus manifestaciones. Espiritualista lo es el católico, el protestante, el musulmán, el budhista, el espiritista, el swedenborgiano, todos los que admiten un principio inteligente, volitivo y sensitivo en el hombre; espiritista sólo lo es el espiritista, el que además de admitir la existencia de ese espíritu le reconoce anterior y superior á la envoltura corpórea, capaz por sí de toda manifestación, superviviente y manifestable después del sepulcro, reencarnable y progresivo en infinitas vidas planetarias, remunerador y flagelador en sí mismo y de sus obras, solidario por los lazos del mú-

(1) La biblioteca espiritista es ya tan nutrida como selecta, y no podríamos citar sus principales obras sin ocupar muchas páginas. En España solamente se han editado más de 300 títulos y se publican en la actualidad seis revistas.

tuo destino con todos los demás espíritus, y activo y determinativo en todo lugar y tiempo.

Estos son los principios generales del Espiritismo, que sostiene calcarlos en la ciencia, en la filosofía y en la moral; y como estos principios no son comunes parcial ó totalmente á los otros credos espiritualistas, si-guese de ello la diferenciación de que antes hicimos mérito.

Cuanto á los hechos fenoménicos que en estos capítulos nos ocupan, hay también alguna diferencia en la interpretación que les dan los espiritistas y los espiritualistas. Para estos últimos, la única causa de ellos comprobada como fechaciente, es el médium ó sujeto conocido; para los espiritistas, en determinados casos, hay otra causa anterior y superior á la del médium: el espíritu comunicante. Y citan en corroboración de su aserto las apariciones, y entre ellas, el agénere obtenido por Crookes; los mensajes de escritura directa sobre temas y en lenguas desconocidas de todos, los aportes de determinadas piezas de comprobación en consonancia con dudas ó promesas precedentes; la obra del médium Evans; la continuación y conclusión de la no-

vela de Dickens, etc., etc.; hechos todos que no tienen explicación satisfactoria sin el concurso de las personalidades póstumas, y á los cuales el Espiritualismo deja sin solución esperando al día en que pueda hacerlo sin recurrir á lo que los espiritistas proponen.

No es de nuestra competencia fallar en el pleito que acabamos de poner ante los ojos del lector, ni aunque lo fuera, sería este el lugar oportuno para hacerlo. Aquí consignamos hechos, aquí iniciamos en conocimientos psíquicos transcendental, y poco importa que el milagro sea hecho ó se haga por A ó B; el caso es que el milagro existe. En este último convienen todos, espiritistas y espiritualistas, materialistas y ateos: luego estamos en terreno firme, no debemos preocuparnos por las discusiones de escuela.

CAPITULO VI

Magia terapéutica

Los antiguos prestaron gran atención á esta parte de su programa esotérico, indudablemente equiparándolo al apotehna «*Mens sana in corpore sano.*» De aquí que buscaran

tan afanosamente la panacea universal, sin descuidar por ello los elixires y unguentos medicamentosos.

De todo cuerpo,—decían,—puede extraerse elixir de larga vida; pero de donde se extrae más principalmente, es del oro. No todos han sabido interpretar el sentido de estas palabras, y han dado el oro en pan, en limaduras ó en cocimiento á sus enfermos. Error, funesto error. El oro, para los magos, es el símbolo de la luz, de la vida, de la pureza, y dar el elixir del oro, es dar destilada la pureza, la vida, la luz. ¿Cómo darla? Este era el secreto de la iniciaciones, secreto que nosotros hemos revelado en los primeros capítulos del libro primero.

En nuestros días también hay, aunque pocos, quienes dan el elixir del oro: nosotros conocemos algunos; otros dan el elixir de plata; bastantes el de cobre, y muchos el de plomo. Nos ocuparemos de los que dan los dos primeros elixires, y el lector colegirá fácilmente los otros dos; es solo cuestión de mirar un poco al fondo de las cosas.

I

Acción del pensamiento

De igual modo que es posible anular ó entorpecer las facultades por la sola acción del pensamiento, según queda consignado en párrafos precedentes, también puede equilibrarse lo anormal en ellas por la misma fuerza mental y volitiva.

Dos líneas de acción tiene la susodicha fuerza: la directa y la indirecta.

Es la línea directa la que sigue la fuerza mental y volitiva del que, médico ó no, trata de restablecer el equilibrio en determinado organismo con exclusión de todos los demás; y es la línea indirecta la que sigue esa misma fuerza sin rumbo fijo determinado, ó con rumbo puramente altruista y general. En el primer caso la fuerza puede administrar elixir de oro, aunque generalmente no lo administra

sino de plata; en el segundo caso lo administra siempre de oro.

La razón es clara como la luz del día.

Las dolencias que la humanidad padece son más morales que no físicas, y aun la de este último género, están siempre subordinadas á lo moral. Pues bien: el mago que por altruismo derrame la luz de la inteligencia y la ambrosía del corazón, equilibra la doble naturaleza psíquicofísica de todos aquellos á quienes alcanza un algo de sus efluvios, les da elixir de oro, puesto que les conforta, les vigoriza y les eleva intelectual y moralmente. Es, aunque ignoto, un sol vivificante, es el consuelo del triste, el refugio del desamparado, el pan del hambriento, el vestido del desnudo, el lazarillo del ciego, es, es en una palabra, la providencia encarnada.

No puede ser igual el que lleve á la práctica eso mismo, pero sólo para determinada persona. En este caso se restringe su foco, se empequece su impulso, se enfría su foco, y si cierto es, que vigoriza, ilumina y eleva á un sér, en cambio deja á muchos seres en la extenuación, en las tinieblas y en el lodo. Por esto el elixir que dá, sólo es de plata.

Ocioso es decir que todo esto se contrae á

lo puramente metafísico y á lo genuinamente ético. Engolfándonos algo más en las cosas terrenas, veamos á lo que llega la acción del pensamiento.

Si se recuerda la materia que nos ha ocupado en precedentes páginas, se tendrá presente que por sugestión y por autosugestión es posible modificar el carácter y tendencias del individuo, y además, influir soberanamente sobre su naturaleza orgánica. Siendo esto así, no se necesita de más explicaciones para comprender el alcance que se le puede dar á la acción del pensamiento, ya que no deja de ser una sugestión mental, tan vigorosa como cualquiera otra.

El hecho mecánico, exclusivamente mecánico, no tiene otra explicación posible que la que se desprende de la teoría que emitimos al tratar de la fascinación. El pensamiento es una fuerza; como tal se transmite y ejerce su influjo sobre otra fuerza homogénea, el pensamiento del recipiendario: y este pensamiento, que es una propiedad del dueño y señor del cuerpo sobre el cual queremos influir, modifica la nosología del mismo en consonancia con la idea sugerida. Para que esto suceda tal como presumimos, es indispensable que

la concepción que tenemos formada y emitida de las vibraciones sea un hecho concluyente que no deje lugar á dudas: de no ser así, no conocemos medio alguno que pueda explicarlo.

El hecho real, incontrovertible, es que el pensamiento se transmite y obra de una manera eficaz como agente terapéutico; los fundamentos en que se apoya la teoría de las vibraciones, hemos visto que se calcan en experiencias científicas que han pasado á la categoría de postulado: luego si solo con esta teoría tiene explicación racional el hecho, y si el hecho está fuera de toda duda, lo menos que podemos hacer es admitir la teoría á título de inventario interin se nos presente otra mejor.

II

Acción de los "pases" ó de la sugestión

Vimos ya al presentar el Magnetismo, que los «pases» utilizados por éste surtían el mis-

mo efecto fenoménico en los sujetos que la sugestión verbal ó mental que el hipnotizador le transmitía.

Tampoco cabría explicación ninguna á este hecho si no se admitiese la teoría de las vibraciones.

Se comprende que por sugestión llegue un individuo á persuadirse de lo que le dicen, á reflejarlo más tarde á manera de fonógrafo, y aún á exaltarse en la misma idea ó ir más allá de lo que se le haya sugerido: no se comprende que otro individuo á quien no se le ha sugerido ni impuesto nada, á quien únicamente se le han aplicado, sin tocarle, las palmas de las manos, diga y haga lo propio que el primero, corregido y aumentado, si vale la frase, desde los primeros momentos.

Pero volvamos la vista á la teoría de las vibraciones; admitamos que la sugestión no hace otra cosa que acelerar ó contener el ritmo vibratorio del sujeto, según los casos, y que los «pases», al acumular ó dispersar fuerza neúrica, ejercen esos mismos efectos, y ya todo nos lo explicaremos perfectamente, todo se nos hará hasta persuasivo é indubitable.

Que la enfermedad, sea ella la que fuere, no es otra cosa que el desequilibrio de la sinergia orgánica, no somos nosotros, sino la Patología, quien lo proclama en alta voz; y que este equilibrio puede restablecerse, y se restablece de hecho, con la sugestión y los pases, las crónicas se encargan de atestiguarlo. Citemos, entre millares, un par de casos:

Don X. X. (permitásenos que ocultemos el nombre), vecino de Barcelona, padecía de locura furiosa, al extremo de tener que llevar puesta constantemente la camisa de fuerza. Asistiéronle diferentes médicos, dos de ellos frenópatas, y no lograron la cura apetecida, pues la dolencia resistía á todo tratamiento. En esto, le visitó el doctor V. M., especialista en el tratamiento hidro-magnético, y á las 12 ó 14 sesiones de pases que le dió, consiguió restablecerle el equilibrio. Como apéndice de esta cura prodigiosa, podemos consignar que el demente de referencia tenía una hermana recluída en un manicomio hacía bastante tiempo, no recordamos si cuatro años, y que el mismo doctor, utilizando igual procedi-

miento, le devolvió la razón en menos de dos meses (1).

*
* *

El segundo caso que vamos á referir ocurrió también en Barcelona. Erase un caballero afecto de un sarcoma serpeginoso en la nariz, que había sido tratado como caso clínico por casi todas las eminencias de la capital. Hastiado de la inutilidad de todos los procedimientos con él usados acudió á una «Clínica magnética» atendida por dos doctores, J. C. y V. M. y á los pocos días, no podemos precisarlos, pero estamos ciertos de que no llegaron á tres meses, vióse la nariz del todo curada.

Ya hemos dicho que estos dos casos los tomamos al azar de entre los millares de que tenemos noticia, y por consecuencia, no se

(1) Si alguien pusiere en duda nuestro aserto, puede informarse por sí mismo yendo á la calle de Cambios Nuevos, y preguntándolo á cualquiera de sus vecinos.

dirá que nos asimos á ellos como á tabla de salvación.

Resulta, pues, cuestión fuera de dudas, que los pases magnéticos son excelentes como agente terapéutico, y si no se nos tuviera por utópicos diríamos que constituyen la medicina del porvenir.



III

Agentes terapéuticos y su valía

Entre los agentes terapéuticos que utiliza el psiquismo, los principales son el agua, el papel, el aceite y el vino. Digamos como se utilizan.

El agua, que no precisa que sea destilada, ni de fuente, ni de ninguna condición especial, se magnetiza, y una vez magnetizada, se usa en compresas, en abluciones, en la bebida, en duchas ó en baños rusos. Más abajo diremos cómo se magnetiza.

El papel no tiene otro objeto que servir de vehículo al magnetismo, para que por su me-

diación pueda luego magnetizarse el agua. Inútil decir lo mucho que facilita transportar el magnetismo á grandes distancias, puesto que metido en un sobre y depositado en correos, puede ir de uno á otro confin.

El aceite y el vino, como el agua, pueden ser magnetizados directamente ó mediante el papel de que acabamos de hablar, y su uso generalmente es para compresas y onturas. Digamos aquí que no reconocemos, ni reconoce ningún magnetizador, mejores propiedades al vino ó al aceite que al agua; pero la práctica aconseja utilizar dichas substancias, y aun algunas otras mezcladas con ellas, para que el vulgo desconocedor de lo que se trata estime en algo el remedio que se le da, que de otro modo consideraría trivial ó inútil.

Se magnetiza el papel lo mismo que el agua, el vino, el aceite, ó cualquiera otra substancia, aplicando sobre ella las palmas de las manos é infundiéndole, con los efluvios fluídicos que ya hemos dicho se escapan de ellas, el verbo de la voluntad. Conviene, es indispensable conocer el diagnóstico de la enfermedad, para que el verbo se infunda conveniente, pues de lo contrario podría suceder que con la mejor intención se perjudicara al

enfermo, como aquel testigo que queriendo beneficiar al acusado y no conociendo el valor de las palabras, respondió á la pregunta del juez que quien había lesionado al interfecto, era el detenido que tenían delante. Por lo tanto, es conveniente que solo magnetice el que sepa lo que hace y para qué lo hace, y cuando dichas circunstancias no concurren en el que magnetiza, súplalas, cuando menos, con la sola intención de restablecer el equilibrio en el organismo enfermo. Haciéndolo así, no habrá nunca que deplorar funestas consecuencias.



CAPITULO VII

Un recuerdo oportuno

Permitanos el lector que le recordemos de nuevo, al terminar nuestro trabajo, el lema de los antiguos magos: **Saber, Osar, Querer y Callar.**

Del texto de las páginas que preceden, sobre todo en este segundo libro, se desprende con toda claridad que no en vano sostenían nuestros antecesores que los magos tenían poder para *hacerse invisibles, para señorear sobre la conciencia y voluntad ajenas, para curar enfermedades y perturbar la salud, para transportarse á largas distancias, para descu-*

brir lo oculto y vaticinar lo futuro y para trastornar los elementos: todo ello no eran otro que fenómenos psíquicos provocados hábil y oportunamente, ora por sugestión, ora por fascinación, ó bien por magnetismo ó hipnotismo.

El fenómeno resultaba tanto más sorprendente, tanto más miraculoso, cuanto menos conocido era y más le rodeaban de misterios. Llevemos con el pensamiento á una selva virgen á un pueblo enclavado en la oquedad de una montaña, de la que nunca hayan salido sus habitantes, un fonógrafo de Edison, una lámpara voltaica ó una locomotora, rodeemos estos artefactos de cierto misterio, cubriéndoles con pintarrajeadas telas ó con relieves góticos de los más monstruosos, y pronto nos convenceremos de lo que puede impresionar lo desconocido á la fantasía de las gentes, pronto veremos como se nos toma por brujos, por hechiceros, por seides de las potestades infernales sí no por las potestades infernales mismas. Esto era lo que pasaba en las edades Antigua y Media. Los magos, gracias á sus perseverantes estudios, lograron sorprender algunas de las leyes de la naturaleza, sobre todo de las relacionadas con el psiquismo, su-

rieron rodearlas de misterios, supieron utilizarlas en su provecho en ocasión oportuna, y como el vulgo desconocía todo aquello, y como además de desconocerlo estaba fascinado por la forma con que se lo presentaban, dió vueltos á la loca de su casa, á la fantasía, y sobrevino el terror, luego la repulsión y más tarde el odio, que todo esto y algo más engendra siempre la ignorancia atizada por la envidia.



Y que era la ignorancia atizada por la envidia lo que produjo todo aquello, se testifica perfectamente recordando, no ya las acusaciones que pesaron contra los magos en los tribunales, y especialmente en el de la inquisición, sino teniendo en cuenta las solicitudes de que los mismos magos eran objeto. Este

rey acudía á ellos para que leyeran el sino, para que le echaran la buenaventura; aquel obispo ó abad para que le dieran un talismán que le allanara el camino de superiores dignidades; estotra dama les pedía un amuleto para ser requebrada de amores; esotro caballero buscaba un filtro que le hiciera simpático á todas las damas; el rufián quería un pentaclo que le librara de las persecuciones de los corchetes, y así sucesivamente, de manera que nadie les pedía lo que por sí mismos, por sus méritos y circunstancias, se consideraban en el caso de poder conseguir. Luego no puede resultar más evidente, que la envidia y la ignorancia fueron siempre la enemiga de los magos.

Si estos últimos hubieran sabido siempre cumplir con los primero y cuarto precepto de su lema, á buen seguro que no hubieran caído del pedestal en que estaban y que hubieran conservado por mucho tiempo su valimiento. No supieron saber y no supieron callarse, y por complacer unas veces á los reyes y magnates, y por no hacer lo que ellos querían en otras, ya que les pedían imposibles, se echaron encima el anatema, y aunque se defendieron heroicamente, perecieron,

porque acabaron por perder la serenidad, se turbaron y traicionaron los dos únicos reductos que les quedaban: el querer y el osar. Un mago sin su lema es un guerrero sin su escudo: ofrece blanco por todos los lados.

*
* *

En nuestros tiempos,—es verdad,—no precisa recatarse tanto como en los pasados para ejercitarse en la Magia Blanca; pero no por esto es menos preciso ampararse de su escudo y obrar en consecuencia de su lema.

Saber obrar, saber cómo se obra, saber para qué se obra y saber dónde se obra: he aquí la primera condición de que ha de hallarse adornado el verdadero mago, lo mismo hoy que ayer, lo mismo mañana que hoy. No sabiendo obrar, lo menos que puede acontecerle es que su trabajo le resulte baldío, que

le sobrevenga el desaliento y que acabe por reputar fantástico y quimérico lo que, siendo real, se ha convertido en ilusión por su impericia. No sabiendo como se obra, esto es, no aplicando en cada caso lo conveniente, pueden llegarle á él de rechazo efectos nada satisfactorios, y éstos desconcertarle y amilanarle. No sabiendo para qué se obra, es decir, no teniendo plan ni objetivo determinado, manejará un turbillón de fuerzas sin dirección fija, y la vorágine que formen, pueden envolverle y hacerle sentir con desagrado su influencia. Y no sabiendo dónde se obra será un ciego descargando palos y mandobles, alguno ó algunos de los cuales pueden, si nó lastimarle á él mismo, sí lastimar á quienes el tenga en mucho, á quienes quiera con acendrado afecto. Repitámoslo por milésima vez; el psiquismo es una espada de doble filo, que lo mismo puede herir á quien se dirija el golpe, que al propio que la maneje; por lo mismo, es preciso saber, saber en toda la plenitud lo que se lleva entre manos.

Osar contra los obstáculos, osar contra la ignorancia, osar contra la flaqueza y osar contra la adversidad, es el segundo deber que el mago se impone al acometer su obra. Los

primeros obstáculos que se nos presentan á todos, son los de nuestras propias preocupaciones: «¿qué se dirá de mí, si hago esto ó aquéllo?» «¿Cómo juzgarán mi conducta, si no prosigo con las conveniencias sociales?» «¿De qué modo me libraré de la reprobación general, si me presento abierta y francamente en la palestra, tal como me lo aconsejan mis convicciones?» He aquí los primeros encuentros que tenemos con nosotros mismos. ¿Cómo vencerlos? Siendo osados; bravuconando contra nuestra propia personalidad, persiguiéndola incesantemente, no retirándonos de la liza hasta que le hayamos dado muerte. La lucha es acerba, cruel; cada golpe que se descarga sobre el enemigo lo recibimos en nosotros mismos, por cada herida que se desangra, nos desangramos. Pero esta lucha tiene una ventaja: la de que á medida que se va agotando nuestro enemigo, que está en nosotros, nosotros nos vigorizamos y rejuvenecemos. La muerte de aquél es nuestra muerte, pero también nuestra resurrección: nos borramos del libro de los esclavos para inscribirnos en el de los libertos. Vencida nuestra personalidad, podemos osar contra todos y contra todo: contra la ignorancia porque

llevaremos en la mano la antorcha de la luz, contra la flaqueza porque seremos fuertes, y contra la adversidad porque de antemano nos habremos pertrechado de todas armas á fin de hacer frente á cuanto pueda sobrevenirnos. Llevaremos en la mano la antorcha de la luz en el mero hecho que habremos apagado en nosotros el fuego de toda pasión, de todo egotismo y egoismo, de toda malquerencia, de toda avaricia, de toda liviandad; seremos fuertes porque nos habremos templado en la fragua del sacrificio, y porque negándonos á nosotros mismos, no nos harán mella las diatribas, que son los volcanes que vomitan la ira y la iniquidad, verdaderos hijuelos de la impotencia; y estaremos pertrechados de todas armas para hacer frente al enemigo, porque lo que hay que temer no es lo que damnifica al cuerpo, sino lo que hiere de muerte al espíritu, y para estas heridas, poseeremos el bálsamo de la convicción y la firmeza é integridad de la conciencia honrada. Esta es la osadía, la verdadera osadía de las almas nobles.

Querer lo bueno, lo bello y lo verdadero; querer la justicia y la equidad; querer el en-

grandecimiento psíquico y físico: tal es el tercer deber del mago blanco. Ya lo dijimos: el mago ha de colocarse siempre en la luz inmóvil, en el fiel de la balanza, ha de ser justo en todo. Querer es muy fácil, saber querer es difícilísimo. Aparte de las condiciones morales que se requieren para una buena voluntad, para un buen querer, es preciso que la volición sea clara, precisa, firme y sostenida. Una voluntad clara supone un conocimiento de causa que no todos tienen al querer algo. Preguntémosle á quien quiere ser rico, por ejemplo, en qué funda su volición, y generalmente veremos que lo funda en la fatuidad, en lo efímero, y en lo que le sería perjudicial si pudiera conseguirlo. No ha parado mientes en el pró y en el contra de lo que pedía, cuando menos no lo ha sometido á la piedra de toque de la moral. Por el estilo podría citarse otra multitud de ejemplos. Voluntad precisa es la que quiere lo justo y no otra cosa. Esta voluntad no puede tenerla quien precedentemente no esté en la posesión de la voluntad clara, y aún en este caso hace falta que haya matado su propia personalidad, que esté en el fiel de la balanza, para que no se

decante en provecho propio. ¡Es tan halagador el propio bien!... Aún siendo clara y precisa la voluntad, no reúne todos los requisitos: ha de ser también firme. Se puede querer una cosa y quererla con tanta parsimonia, que casi equivalga á la indiferencia. Voluntad semejante es impropia del mago, más aún, anula al mago, porque no le pone en posesión ni de su persona ni de voluntad siquiera. Y por último, además de clara, precisa y firme, la voluntad verdadera ha de ser también sostenida. Sin esta condición puede ser un relámpago que fulgure, no una estrella que ilumine; puede ser el chisporroteo de un ascua, no una hornaza que caliente y funda. Suponed un rayo desprendido de una nube y derruyendo un edificio, y habréis supuesto todo el poder que cabe concederle á la voluntad firme, aunque vaya acompañada de la precisión y la claridad. Es piqueta demoledora: no es paleta que edifique. En cambio, haced que también se una la perseverancia á la firmeza, á la precisión y á la claridad volitivas, y tendréis el verbo realizando el prodigio de un permanente «*fiat.*» ¡Oh! una voluntad perseverante es una fuerza incontrastable en continua acción.

Y llegamos al último mote del lema mágico, al mote que reflejaban en la esfinge, al mote que es algo así como la salvaguardia de los otros: Callar. Analicemos brevemente su importancia.



Las inconveniencias son producto, ó de un celo desmedido, ó de una impericia manifiesta, ó de una vanidad mal entendida. De tal causa, tal efecto: pedir otra cosa sería pedir lo ilegítimo. Cuando nos ciega la pasión, sea por lo que fuere, exageramos la hipérbole, y la exageración no puede por menos que herirnos de rechazo. En nuestro afán de sublimar lo que nos priva, decimos lo que es y lo que no es, faltamos conscientemente á la verdad,

cubrimos las asperezas que pudieran afearnos ó afear á nuestro ídolo, y llegamos á tanto en nuestro delirio, que incurrimos en la torpeza de divinizarle. Obras divinas no pueden emanar de manos humanas, y este es el punto en que se apoya la palanca que con un simple ceprón derruye todo el edificio levantado por nuestro entusiasmo. El batacazo es fuerte, terrible; doblemente fuerte y terrible que la intensidad de nuestra loa. Como nosotros exageramos el pró así nos exagera el contra, y de entreambas exageraciones resulta lo que no puede por menos: el ridículo.

*
* * *

Si no es el celo, y sí la ignorancia, lo que nos hace ser inconvenientes, el ridículo es mucho mayor todavía. Pintamos con broche gorda, sin tiento y con colores mal molidos,

y consecuentemente, el cuadro tiene que resultarnos abigarrado, sin luces ni claro-oscuros y sin perspectiva ni proporciones y propiedades de ningún género; por ende, lo perverso del colorido hace que se confunda todo, todo, al primer rayo de luz ó al menor sople del aire. De esto á la hecatombe no hay más que un paso; á este se dá con tanta más facilidad cuanto mayor sea nuestro tesón ó tozudez—y la ignorancia es muy tozuda—en sostener lo que por sí mismo es insostenible, lo que carece de base y ha de derrumbarse forzosamente.

Y la vanidad por fin es tan mala consejera que ella basta para ponernos en ridículo. ¿Qué decimos de aquel que no sabe hablarnos de otra cosa que de sí propio, de sus aptitudes, de sus gustos, de sus relaciones, de sus procederés, de su fortuna, de sus lauros? Decimos sencillamente que es un fátuo y no nos dignamos siquiera prestar atención á sus palabras. Si por condescendencia le oímos, esa misma condescendencia es un reproche para él; si no le oímos, predica en desierto: de todos modos resulta contraproducente su gárrula palabrería.

Pues bien, todo esto se subsana callando;

callando á tiempo, callando donde se deba y lo que se deba, y callando lo que no se sepa y se pueda sostener victoriosamente. Esto es lo que imponía la Magia á sus afiliados, y con esto, como hemos dicho precedentemente, salvaba sus motes anteriores; porque, con efecto, ¿de qué se puede imputar al mutismo prudente si no es de la propia prudencia? ¿Y ha sido nunca penable esta última?

Queda formula lo el recuerdo que estimamos oportuno cierre el libro.



CONCLUSIÓN

Tenemos formado un concepto de las obras, los autores y los lectores de ellas, discreto amigo, que no queremos pasar en silencio, porque, después de todo, viene á ser como la cimera del edificio que acabamos de construir.

Cuando el escritor vierte sobre el papel sus pensamientos buenos ó malos, deposita con ellos toda la savia de su sér; se esculpe, se incrusta, pudiéramos decir, en todas y cada una de las páginas de que la obra conste, y está perenne en ellas infundiendo su propio

verbo al que tiene el deleite, la paciencia ó la curiosidad de repasarlas.

De aquí la relación íntima que queda establecida entre el lector y el autor por mediación de la obra.

Si esta última satisface, si llena los gustos, aspiraciones y tendencias del que la tiene entre sus manos, queda éste sugestionado por ella, piensa en un *todo* como el autor, y una cadena de flores entrelaza á entrambos, palpitando al unisono y coparticipando de las penas y alegrías que el texto despierta; penas y alegrías que sintió el autor al escribirlo, que siente el lector al leerlo, y que transmitiéndose al medio ambiente—porque nada se pierde—hacen vibrar de igual modo á los que alcance y se hallen en parecida tensión de ánimo.

Adviértase que estamos ocupándonos de uno de los más trascendentales puntos de Alta Magia, de uno de los problemas todavía no resueltos por las ciencias positivas: del por qué de las simpatías.

El medio ambiente, que acabamos de mencionar, impregnado del modo que también hemos dicho, es algo así como una prolongación del autor y del lector. Todos los seres nos

creamos de continuo nuestra particular aura ó prolongación superfísica, y por virtud de ella, nos asimilamos las ideas que flotan en el ambiente ó las rechazamos. Si nuestra aura, al chocar con otra, se compenetra, sentimos último gozo, inexplicable motivo de simpatía, que no sabemos traducir con otro nombre que el de innato; sí, por el contrario se repele, nos sobreviene el disgusto, el malestar, la antipatía y la aversión, que también calificamos de innata. Pues esto mismo pasa entre autores y lectores y entre ambos y el público en general, porque el autor y el lector que simpatizan son uno solo, aunque duplicado, en la acción del verbo.

* * *

He aquí la ley á que obedece la atracción y la repulsión de las muchedumbres, el odio de las razas y de los pueblos, la ferocidad que

se despierta, aún en los pechos más generosos, cuando se trata de esas abstracciones que se llaman patria, bandera, honor nacional, honor de partido, etc., etc., y he aquí también el secreto de la fuerza que agrupa á las gentes en torno de un orador, de un escritor, de un artista, de un científico, y de todo aquel que sepa hacerlas vibrar al unísono.

Pero una obra es algo más que un discurso, algo más que una serie de discursos: es una sugestión permanente, es una entidad que no traiciona, es el amigo leal que ayer como hoy y mañana como ayer, siempre aconseja lo mismo, siempre sostiene lo mismo y siempre aspira á lo mismo. Por esto los seres que mucho leen son los más inquebrantables en sus convicciones; por esto los pueblos donde la instrucción es general, también es general el bienestar y la armonía.

El autor—ya lo hemos dicho—deposita en sus engendros toda la savia de su sér, les dota de cuanto tiene y cuanto puede, y su afán exclusivo es hacerles lo más simpáticos posible á la generalidad. Si no hace más por ellos no le culpéis: es que no puede hacer más. Su gloria, su galardón, y aún la propia tranquilidad de su conciencia, se interesaron para que no

escatimara nada de cuanto estuviera de su parte al objeto de que en forma y en fondo, en lo moral y en lo material, resultaran relativamente perfecto el trabajo de de númer y de sus manos, de su experiencia y de su corazón. ¿Qué más podéis pedirle al que os ha dado cuanto posee? No culpéis, pues, al autor que os hace entrega de cuanto vale: respetad su intención si no podéis conformaros con sus teorías, aceptad la ofrenda aún cuando de ella no hagáis uso ninguno. De este modo le libraréis de acerbos pesares y os libraréis de angustias inexplicadas é indefinibles; porque, sabedlo, no hay libro malo que no tenga admiradores, y estos admiradores chocarán con vosotros, os harán sentir la fuerza de su repugnancia, siempre que vuestra zona superficial, viradiando en el ambiente, se ponga en contacto directo con la suya. La colisión de las fuerzas psíquicas es funesta, sobre todo cuando las impele la pasión.

Y no se crea que lo que precede lo digamos para abrírnos paso, para curarnos en salud. Todo menos eso. Confesamos, sí, haber puesto todo nuestro interés en traducir y adicionar este libro del mejor modo que nos ha sido posi-

ble; pero puesta la mano sobre el corazón, declaramos también entregarle al único juez que ha de calificarle, sin prevención de ningún género de gracia.

Nos conformamos con el juicio que merezca. Esta es nuestra última palabra.



ÍNDICE

de las materias contenidas en este libro

	<u>Páginas</u>
Introducción.	5
Capítulo I.—Ciencias físicas y psíquicas.	7
Ciencias conjeturales.	21
Fisiognomía.	25
Los ademanes.—El porte.	29
El gesto.—El proceder.	33
Belleza y fealdad.	34
La voz.	35
El rostro.	37
Craneoscopia.	55

Cefalometría.	60
Frenología.	68
Grafología.	87
Pedesteromancia.	94
 Capítulo II.—Psiquismo trascenden-	
tal.	103
Sugestión.	103
Fascinación.	109
Hipnotismo.	115
Magnetismo.	117
Magia práctica, deducida del psiquismo.	120
Letargia.	123
Catalepsia.. . . .	126
Sonambulismo.	128
Desdoblamiento de la perso- nalidad.	129
Acción de los medicamentos á distancia.	131
Exteriorización de la sensibi- lidad, de la perceptividad y de la fuerza motriz.	134
Pérdida de la memoria, de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto.	140
Personalidades múltiples.	144

Acción de la Magia á distancia y á plazo fijo.	146
Capítulo III.—Espiritualismo y Espiritismo.	149
» Magia terapéutica.	154
Acción del pensamiento.	156
Acción de los «pases» ó de la sugestión.	159
Agentes terapéuticos y su valía.	164
Capítulo IV.—Un recuerdo oportuno.	167
Conclusión.	189



LIBROS CABALÍSTICOS
que se hallan en venta en esta Casa Editorial

Los Secretos Maravillosos de la Magia Natural

del

PEQUEÑO ALBERTO

tomados de la obra latina

ALBERTI PARVI LUCHI

LA MAGIA NEGRA

Y

ARTE ADIVINATORIA

Ciencias ocultas, Astrología judiciaria, Cafeomancia, Cartomancia y Quiromancia

VERDADERA Y TRASCENDENTAL

MAGIA * BLANCA

OBRA ESCRITA EN ÁRABE POR EL REPUTADO MAGO

ALI-ABUBEKER

MAGIA BLANCA MODERNA

ó sea

Magnetismo * Hipnotismo * Sugestión * Espiritismo

POR

G. POLINTZIEU S. I.